



Francisco de Rojas Zorrilla

Don Diego de noche

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Francisco de Rojas Zorrilla

Don Diego de noche

PERSONAS:

EL PRÍNCIPE DE ARAGÓN
EL CONDE DE URGEL
LEONORA, su hermana
DON FERNANDO
DON CARLOS, su hijo
LUCINDA, su hermana
DON BERNARDO
DON DIEGO DE MENDOZA
LOPE, su criado
FEBO, criado
RAMIRO, criado
CELIO, criado
LISEO, criado
LUCRECIO, criado
FLORA, criada

Jornada primera

Salen EL CONDE y DON BERNARDO.
DON BERNARDO. Cuando hay segura amistad
Justamente se confía.
CONDE. Con este engaño querría
Conquistar la voluntad.
DON BERNARDO. Si sabes la que te tiene
El príncipe de Aragón,
Vanos los engaños son.
CONDE. Aumentarla me conviene,
Y si ambición te parece
Querer agora aumentalla,
Por lo menos conservalla
Justa disculpa merece;
No da al capitán la gloria
Don Bernardo, el conquistar,

Sino es saber conservar
La gloria de la victoria;
Quiéreme el Príncipe bien,
Pero con esta ocasión
Conservaré la opinión
Y la esperanza también;
De la industria no te espantes,
Que el amor, donde hay poder,
Como el mal, suele tener
Sus crecientes y menguantes;
Él quiere perdidamente
A Lucinda de Aragón;
No es casamiento, aunque son
Deudos; porque no es decente
Que dentro del reino case,
Que en lo demás le igualara;
Ella, que en su honor repara,
De que se hiele o se abraza
Tiene muy poco cuidado,
Y así el Príncipe, celoso,
Ronda esta calle, animoso
De que ha de hallar confiado
La causa por qué la deja.
DON BERNARDO. ¿Y hay causa?
CONDE. De ajeno amor
Ninguna, sólo su honor
Este desdén le aconseja;
Con esto, tengo pensado
Fingir que hay causa, por quien
Le deja, y hacer también
Que fueses tú disfrazado
Quien le salga a acuchillar
Con dos criados leales,
Pues que tú los tendrás tales,
Que esto les puedas fiar;
Yo, que escondido estaré,
Saldré a ponerme a su lado;
Huiréis todos, con cuidado
De que el Príncipe me dé
Por autor de aquella hazaña,
Y por cuya valentía
En la confianza mía,
Pues en esto a nadie engaña,
Ponga su amor y secreto,
Y llegue yo a tal lugar,
Que venga Aragón a estar
A mis intentos sujeto;

Que el que tuviere con él,
Ese tendrás tú conmigo.
DON BERNARDO. Tú sabes que soy tu amigo,
Y que te he sido fiel;
De tu intento, Conde, estoy
Advertido; dos criados
Tengo leales y honrados
De quien deudo y dueño soy,
A quien daré de esto parte.
CONDE. Pues parte y diles mi intento,
Y como es mi pensamiento,
Bernardo, alcanzar por arte
Lo que niega la fortuna.
DON BERNARDO. ¿A qué hora viene aquí?
CONDE. Él suele decirme a mí
Que entre las doce y la una.
DON BERNARDO. Yo voy.
CONDE. El cielo te guíe.
DON BERNARDO. Tu dicha el cielo previene.
CONDE. ¡Dichoso el hombre que tiene
Un hombre de quien se fíe!
Salen EL CONDE, EL PRÍNCIPE y CELIO.
PRÍNCIPE. Vete, Celio, que se enoja
Lucinda de que a su puerta
Venga con gente.
CELIO. Ella acierta;
Porque lo que más despoja
A una dama de su fama,
Es publicar sus amores
El galán.
PRÍNCIPE. Pocos favores
Publicaré de mi dama.
CELIO. No estaré lejos de aquí,
Por si llama vuestra Alteza. (Vase.)
PRÍNCIPE. Desdén con tanta belleza,
¿Qué quieres hacer de mí?
¡Ay ventanas! cuando os veis
Del sol puertas de zafiros,
Si de mil dulces suspiros
Las rejas enterneceís,
¿Por qué no decís que veis
Mis ojos hechos aurora?
Pues ella por verle llora,
Y ellos, al contrario, al cielo
Hasta que rompiendo el velo,
Los pies de la noche dora;
Huya de mi sol Lucinda

Esta noche artificial,
Que la noche natural
No quiero que se le rinda
Que su luz hermosa y linda
No saldrá, si coronado
De luz sale el sol prestado
Al cielo desde sus ojos,
Donde yace por despojos
La noche de mi cuidado.
¿De qué me sirve el poder,
Si no puedo lo que quiero,
Y en lo que quiero no espero
Que pueda más de querer?
Mas si querer es hacer
Lo más que puede el valor,
Yo quiero que tu rigor
Pueda en mí lo que quisiere,
Pues harto puede quien quiere
Sufrir cuanto puede amor.
CONDE. (Ap.) Notables quejas, suaves
Suspiros, lástima es ver
Que tenga amor tal poder
Hasta en los hombres más graves;
Lucinda sale, yo quiero
Esconderme hasta que venga
Don Bernardo, porque tenga
Principio el favor que espero;
Que al ingenio muchas veces
Se ha rendido la fortuna.
PRÍNCIPE. Los marcos dan luz alguna.
¡Ay dulce sol, si amaneces!
Salen EL PRÍNCIPE y LUCINDA.
LUCINDA. ¿Es vuestra Alteza?
PRÍNCIPE. Yo soy,
Y no me llames así,
Que ya no hay alteza en mí
Después que a tus pies estoy.
LUCINDA. ¿Quién viene con vos?
PRÍNCIPE. Señora,
El elemento del fuego,
Un niño, un gigante, un ciego,
Un Argos que vela agora;
Una salamandra ardiente,
Un áspid entre las flores,
Que es sobre varias colores
Camaleón trasparente;
Un Fénix que muere y nace

De sí mismo, una sirena
Que canta y mata, una pena
Que atormenta y satisface,
Un animoso temor;
Pero puesto que os asombre,
Si queréis saber su nombre,
Sabed que se llama amor.

LUCINDA. Bien parecéis, gran Señor,
Pues aunque os tengo avisado,
Venís tan acompañado.

PRÍNCIPE. Pues con todo cuanto os digo,
Vengo tan solo, que sigo
La sombra de mi cuidado,
Que de mi amor los efectos
Son interior compañía,
Aunque a tenerla de día
Los reyes están sujetos.

LUCINDA. ¿Pues es de día?

PRÍNCIPE. En secretos
Rayos del sol para mí,

Que en vuestros ojos le vi.

LUCINDA. ¿En fin, estáis solo?

PRÍNCIPE. Amor
Está conmigo.

LUCINDA. Mi honor

Me obliga que os hable así.

Salen DON DIEGO y LOPE, de camino.

DON DIEGO. Las postas fue muy bien hecho
Que a la puerta se quedasen.

LOPE. Sí, pero no que llegasen

A las horas que sospecho.

DON DIEGO. ¿En qué lo ves?

LOPE. En no ver

Tienda abierta en Zaragoza,

Mesón de huésped ni moza.

DON DIEGO. No sé qué habemos de hacer,

Que no me está bien llegar

Con alboroto.

LOPE. No siento

Lo que es el alojamiento

Pero quisiera alojar

La panza si hubiera dónde.

DON DIEGO. Eso es imposible ya.

LOPE. La noche ¿qué no podrá?

Todo lo encierra y lo esconde.

DON DIEGO. Lllaman ausencia del día

A la noche.

LOPE. Bien dijeron,
Pues sus sombras se atrevieron
A la falta que él hacía.
DON DIEGO. El silencio y soledad
De la noche son efectos.
LOPE. Pasteleros recoletos
Son los de aquesta ciudad;
Sustento tan socorrido
No se había de esconder
Hasta el alba.
DON DIEGO. Si comer
Quieres de lo que he traído,
Lope, aquí en la faltriquera,
Eso puedo darte.
LOPE. ¿Y es?
DON DIEGO. Confites.
LOPE. No me los des;
¡Pesar de un pie de ternera
Con un ajo castellano!
¿Yo confites? ¿Soy ardilla?
DON DIEGO. Mira que son de Castilla.
LOPE. ¡Oh confitero inhumano!
Cómalos un gran señor
Después de treinta capones
Por quitar imperfecciones
Al gusto con limpio olor.
DON DIEGO. Lo dulce es muy alabado.
LOPE. Pues que lo coma el Sofí;
Un capitán conocí
Que no recibió soldado
Que supiese que en su vida
Comió confites.
DON DIEGO. ¿Por qué?
LOPE. Porque se sabe que fue
Siempre superflua comida,
Femenil y delicada,
Y un soldado ha de comer
Sierpes, y a falta, morder
Las manzanas de la espada.
DON DIEGO. Hartos veo y harto honrados
Que porque espadas no tienen
No las comen.
LOPE. Esos vienen
Con servicios desdichados;
Pero cuando el tiempo es tal
Aunque en dichosos imperios,
Que coman de monasterios

Tenlo por mala señal;
Algunos hombres dejaron
En testamentos que hicieron
Raciones con que vivieron
A perros con quien cazaron;
Soldado has sido no más,
Durmamos, si hay dónde.

DON DIEGO. Aquí

Hay un portal.

LOPE. Yo por ti

Me pesa, que en fin estás
A buena cama enseñado;
Yo, medio galgo y medio hombre,
Tengo diez de gentil hombre
Y en pie me duermo arrimado.

(Arrimados DON DIEGO y LOPE.)

Salen DON BERNARDO, RAMIRO y FEBO.

DON BERNARDO. Cuando os hiciere señal,

Los dos acometeréis;
Y mirar que le apretéis,

Pero con destreza tal,
Que jamás le toque espada.

RAMIRO. Deja el cuidado a los dos.

LOPE. Moscones andan por Dios.

DON DIEGO. Duerme, y no pienses en nada.

LOPE. Matele.

DON DIEGO. No hagas ruido.

LOPE. Es con el diablo.

DON DIEGO. Callar.

LOPE. Moscones, ir a picar
Un hombre que haya comido.

FEBO. ¿Qué aguardas?

DON BERNARDO. A que se vea

El Conde, que ha de llegar
A defenderle.

LOPE. Picar

Con el diablo. ¿Soy jalea?

¿Soy pastel? ¿Soy manjar blanco?

¿Soy pierna de pobre?

DON DIEGO. Advierte

Que anda gente.

LOPE. De esa suerte

La de me fecit arranco.

LUCINDA. Gente suena, y no es razón

Que sepan con quién habláis.

PRÍNCIPE. ¿Celos del temor me dais?

LUCINDA. No hay burlas con la opinión. (Vase.)

FEBO. Gente he sentido, sin duda
Es el Conde.

DON BERNARDO. Meter mano.
(Pónense máscaras.)

PRÍNCIPE. No me recelaba en vano;
Si aquí el valor no me ayuda,
Traidores me han de acabar,
Que son traidores los celos.

DON BERNARDO. Matarle, llegad.

DON DIEGO. ¡Ay cielos!

PRÍNCIPE. Nadie se dejó matar.

DON DIEGO. Y más teniendo a su lado
Un hombre de bien.

LOPE. Y aun dos.

FEBO. De veras riñen, por Dios.

DON BERNARDO. El Conde nos ha engañado.

(Huyen los tres del Príncipe y de don Diego.)

Salen EL PRÍNCIPE, DON DIEGO, LOPE y EL CONDE.

CONDE. ¿Qué es esto? ¡Sin que yo venido hubiere
Al Príncipe acomete Don Bernardo!

PRÍNCIPE. Dejadlos, caballero, que me importa
No ser en esta calle conocido.

CONDE. (Ap.) Gente sin duda el Príncipe ha traído.

DON DIEGO. Haré lo que mandáis, pues ya sospecho
Que de alguna persona el honor causa
Que no acabéis la comenzada empresa.

CONDE. Erré el suceso. ¡Oh industria, cuántas veces
Resultas en más daño de tu dueño!
Volverme quiero, que será mi muerte
Si me reconociesen en la calle.

PRÍNCIPE. A lo que muestra el hábito y el talle,
Parecéis forastero, caballero.

DON DIEGO. En este punto llego a Zaragoza,
Y fue dicha llegar en este punto,
Porque sin duda os matan si no llego.

PRÍNCIPE. Téngolo por sin duda, que soy hombre
Que sin resolución tan atrevida
No vinieran con máscaras de celos;
Yo sirvo en esta calle a cierta dama
Que su desdén encubre con su fama;
No corresponde a mis obligaciones
Que dice que no quiere en opiniones
Su honor; y para mí miente, pues veo
Que el dueño, como veis, de su deseo
Viene a matarme, siendo yo; ¿qué dudo
De hablar con vos, a quién la vida debo?
Siendo el Príncipe yo.

DON DIEGO. Dábame el alma
Mil señas del valor de vuestra Alteza
Que las tinieblas de la oscura noche
Querían encubrir a mi ignorancia;
Dadme esos pies mil veces.

PRÍNCIPE. Con los brazos
Honrar es justo los valientes vuestros;
Ya que sabéis quién soy, y que os prometo
No ser ingrato a beneficio tanto,
Decidme vos quién sois.

DON DIEGO. Si vuestra Alteza
La palabra me da de no decirlo
Hasta que estén mis cosas en estado
Que puedan dar la cara descubierta,
Sabrá quién soy y mis desdichas.

PRÍNCIPE. Digo
Que con la obligación de vuestro amigo
Si la de ser quien soy no basta, juro
Detener en secreto vuestro nombre.

DON DIEGO. Pues en tan justa confianza, oídme.

PRÍNCIPE. Imitaré la noche en el silencio.

LOPE. Y yo entre tanto en este umbral tendido
Quiero probar que un hombre que ha corrido
La posta, y llega el parche desollado
Puede dormirse sin haber cenado.

DON DIEGO. Heroico Príncipe, en quien

El alto cielo atesora
Las grandezas y virtudes
Que un real sugeto adornan;
Vos, que habéis de dar más nombre
Y excelencia más famosa
A la casa de Aragón
Que sus insignes victorias;
Sabed, que para serviros
Soy don Diego de Mendoza,
Deudo de familia ilustre,
De la banda verde y roja;
De la montaña a Castilla
Vine con edad tan poca,
Que fui menino del Rey
Que hoy con su llave me honra;
Fue mi ejercicio la caza
Gran tiempo, y en las frondosas
Selvas mi vida más libre
Que el viento, rey de las ondas;
Allí las aves andaban
De mis tiros temerosas,

Y las fieras de mis armas
Trepando las altas rocas;
En la orilla del Pisuerga
Pasaba las tristes horas
De los juveniles días
Que la mejor sangre gozan;
Otras veces a la espada
Negra, acompañada o sola,
Enseñaba el fuerte brazo,
Que tanto al que es noble importa;
Víneme a hacer tan robusto,
Que no volviera pelota
Que yo sacara Roldán:
Así volaba furiosa;
Pues en las cañas la mía
De manera el aire azota,
Que la tuvieran por ave
Las celestes claraboyas;
En la arrugada cerviz
De los toros de Zamora
Vio Valladolid mil veces
Cuchilladas tan airosas
Que las arenas sangrientas
Alcanzaron con la boca
Como otras veces la yerba
Del Duero en la verde alfombra;
No sabía en este tiempo
Si amor era pena o gloria,
Si era alegría o tristeza,
Si era descanso o congoja,
Si era voluntad o fuerza,
Si era antídoto o ponzoña,
Si era enemigo o amigo,
Si era fábula o historia;
Pero por tomar venganza,
Si de los libres la toma,
Previno el arco, imitando
La que a ninguno perdona:
Nació un Príncipe en Castilla,
En cuyas fiestas dichasas
Una sortija mantuvo
El claro marqués de Astorga;
Salí galán de encarnado,
Con mil armiños por orla,
Toldo el campo del vestido
Narcisos de plata bordan;
Blanco un hermoso caballo

Que de la clin a la cola
Pienso que estuvo del arte
Naturaleza envidiosa;
Llamábase Pensamiento,
Nombre que su intento abona,
Porque en la color y el vuelo
Pensó que era garza hermosa.
Dábanle mayor belleza,
Aunque era extremo de todas,
Guarniciones encarnadas
Llenas de perlas y aljófar.
Llevé en un dorado carro
Con una palma y corona
A la libertad triunfando
Del amor, las flechas rotas.
Atados iban los celos
Con la ausencia peligrosa,
El desprecio y el desdén
Con grillos y con esposas.
Ganele al mantenedor
Por mejor lanza una joya;
Dila a una dama del Rey
De la casa de Cardona;
Agradeciome otro día
El servicio, y de una y otra
Palabra fue amor trazando
Su venganza rigurosa.
Tracé escribirla un papel,
No porque el amor le nota,
Mas por parecer discreto,
Que hay arrogancias en prosa.
Respondiome y fue creciendo
La amistad, hasta que toda
El alma, hasta allí cobarde,
En el mar de amor se engolfa.
Apenas vine a quererla,
Cuando de ella se enamora
Nuño de Zúñiga, un hombre
De grande y gentil persona,
Trece del Orden ilustre
De la insigne espada roja,
Hombre estudioso en la guerra,
Pirro en Grecia, Héctor en Troya.
Los celos que llevé a todos,
El amor desaprisionan
Tanto, que estuve a sus pies.
Así se truecan las cosas.

Cayósele del marfil
De la mano a esta señora
En un jardín cierto día
Un guante cogiendo rosas.
Corrimos juntos yo y Nuño
A alzarle; su furia loca
Fue tal, que me derribó
Sobre una fuente, que agora
No mormurará de mí,
Como a ver el campo corra,
Adonde sus vidrios puros
Trocó por sangrientas olas.
El Rey volvió la cabeza,
La risa le fue forzosa,
Los deudos se alborotaron,
Sólo amor no se alborota.
Fuime, y escribible a Nuño,
Que le espero a las diez horas
En el prado de la Santa,
Que a serlo a tantas provoca.
Vino Nuño y vino solo,
Y apenas miró mi sombra,
Cuando sacando la espada
La capa en el brazo dobla.
Contarte aquesta pendencia,
Era aguardar que la aurora
Se hallase donde te cubres
De la noche perezosa.
Basta saber que a los brazos
Llegamos, porque socorra
Mi honor, derribando a Nuño,
Caída tan afrentosa.
Maté a Nuño con la daga,
Por donde faltó una cota
Que traía, y con mis celos
Murió también mi deshonra.
Por tomar mi capa entonces,
Tomé la suya; responde
Por mi turbación el caso,
Donde más ánimo sobra.
Fuime a la cena del Rey,
Por disimular; mas viola
Con la cruz dos o tres veces:
Yo, por ver que mira y nota,
Bajo los ojos, y veo
La capa de Nuño, y gotas
De sangre por muchas partes;

Y allí la cruz, de la forma
Que en las esquinas la ponen
Para trágica memoria
En letras que de ella informan:
«Aquí mataron a un hombre»,
Que era probanza notoria.
Viendo la inquietud del Rey,
Con turbación vergonzosa
Cubrí la cruz a las hachas
Que ya alumbraban todas:
Y antes que el Rey se acostase,
Camino de Zaragoza
Tomé la posta, que salva
Mejor que el ruego la posta.
Llegué donde tengo a dicha
Que a un mismo tiempo conozcas,
Mi historia de mis palabras.
Y mi valor de mis obras.
PRÍNCIPE. Don Diego, no pudiera encarecerle,
Si no pensara ser agradecido,
El gusto que me ha dado conocerte
Y el ver que a nuestro reino hayas venido;
Mi obligación de esta verdad te advierte,
Y el ser quien soy; y así, te ruego y pido
Vengas conmigo, que es gastar razones
Principios de negar obligaciones.
Dos hijos tendrá el Rey, y yo un hermano
DON DIEGO. Señor, perdonaréis mi atrevimiento,
Que aquí no he de ser visto de hombre humano,
Porque me importa cierto pensamiento.
PRÍNCIPE. ¿Qué dices?
DON DIEGO. Que me deis, Señor, la mano;
Porque en amaneciendo, daré al viento
Velas en postas por el mar airado
De mi temor, que corre más sagrado;
Que aunque es verdad de vos seguro fuera,
No quiero que los deudos, grandes todos,
De Nuño, busquen la ocasión primera
Para matarme con injustos modos.
Es la venganza bárbara tan fiera,
Que los ejemplos griegos, persas, godos,
Romanos y españoles, con mil voces
Muestran al que agravizó casos atroces.
Yo me quiero partir a Barcelona,
Y de allí a Italia, con licencia vuestra.
PRÍNCIPE. Pues para estar secreto, ¿no me abona
Sino el poder la diligencia nuestra?

Para sólo esconderse tu persona
De la venganza en invenciones diestra.
¿No tendrá Zaragoza mil sagrados?
¿No hay guardas, no hay defensas, no hay soldados?
DON DIEGO. No niego que pudieras defenderme;
Pero para mejor asegurarme
Me importa de las lenguas esconderme,
Que pueden con las plumas declararme:
Si me has de hacer merced, si quieres verme,
Déjame a mí de mi temor guardarme,
Que en Zaragoza viviré escondido
Sin ser de ningún hombre conocido.
PRÍNCIPE. ¿Pues cómo te veré, si ya obligado,
Tu amigo soy?
DON DIEGO. En este mismo puesto
Todas las noches.
PRÍNCIPE. Quedo confiado
Que tu palabra cumplirás en esto.
DON DIEGO. Seguro puedes ir.
PRÍNCIPE. Llama al criado.
DON DIEGO. ¿Lope? ¿Ha Lope?
LOPE. ¿Qué necio tan molesto
Despierta a los cristianos a esta hora?
DON DIEGO. Mira que sale ya la blanca aurora.
LOPE. ¡Oh pesia a los poetas que inventaron
Aurora o calabaza! ¿No pudieran
Pasarse sin su aljófar?
DON DIEGO. Mira, loco,
Que está su Alteza aquí.
LOPE. Perdona al sueño
Que suele ser de los sentidos dueño.
PRÍNCIPE. Venga conmigo Lope, porque quiero
Que no le falte en Aragón dinero.
DON DIEGO. Los dos hasta la puerta de palacio
Iremos siempre que a este calle vengas;
Pero pasar de allí, no lo permitas.
PRÍNCIPE. No sé qué pensamientos solicitas.
LOPE. Déjame a mí tomar, si tú no quieres.
DON DIEGO. Deja, Lope, el tomar a las mujeres.
LOPE. Bien dices, tomaré por tu consejo,
Pues la necesidad está excusada,
Con ser mujer buscona y pedigüena,
Que expuso en escribir y en pedir dueña.
Salen DOÑA LEONORA y DON BERNARDO.
LEONORA. Esta noche no ha venido
El Conde, mi hermano.
DON BERNARDO. Ha dado

En celoso y desvelado
De cierto desdén perdido.

LEONORA. No me puedo persuadir
Que mi hermano quiera bien.

DON BERNARDO. Yo lo pensaba también;
Mas no puedo atribuir
Su inquietud si no es a amor.

LEONORA. El del Príncipe será.

DON BERNARDO. Ese bien pagado está
De su privanza y favor.

LEONORA. ¿Y vos soisle muy fiel?

DON BERNARDO. No sé, Leonora; por Dios,
Querría privar con vos,
Ya que no privo con él.

LEONORA. Yo estimo, como es razón,
Los amigos de mi hermano.

DON BERNARDO. No lo diré yo, que en vano
Tuve un tiempo esa opinión.

LEONORA. Él viene.

Sale EL CONDE.

CONDE. Agora diré

Que amanece, pues aquí

Hallo a Leonora.

DON BERNARDO. ¿Y de mí

Qué es lo que diré?

CONDE. No sé,

Mientras que no os hablo aparte;

Pues ya debéis de saber

Que para echarme a perder

Vos solo fuéades parte.

DON BERNARDO. ¿Si vi por la esquina gente,

Qué había de imaginar?

CONDE. ¿Si yo no os llegaba a hablar,

No fue cosa impertinente

Arrojaros de aquel modo?

DON BERNARDO. Ya es hecho, ¿qué se perdió?

Demás, que imagino yo

Que fue prevenido todo,

Y que el Príncipe tenía

Criados, y tan honrados,

Que han herido a mis criados;

Pues uno entre ellos venía,

Que desde que yo nací

No he visto mejor espada.

CONDE. En la ocasión más honrada

Crédito y honor perdí.

Volvamos a hablar, Bernardo,

A Leonora, que no es bien
Que nos entienda; pues quien
Anoche fue tan gallardo
Supo gozar la ocasión.
Pues, Leonora, ¿qué has pensado
De verme tan desvelado?

LEONORA. Qué ajenos cuidados son;
Y si ya a decir verdad,
Menos dentro te querría,
Que el descanso no se fía
Tal vez de la majestad.

CONDE. Yo sirvo, y debo servir
Con lealtad.

Sale LISEO.

LISEO. Aquí ha llegado
Un hombre harto bien tratado,
Y que acaba de venir
De Castilla.

CONDE. ¿Qué me quiere?

LISEO. Darte una carta.

CONDE. Entre, pues.

Salen DON DIEGO y LOPE.

DON DIEGO. Dadme, Señor, vuestros pies.

LOPE. Aquí será bien que espere.

DON DIEGO. Del Almirante, Señor,
Es esta carta.

CONDE. Mostrad.

DON DIEGO. Yo he venido a esta ciudad

En fe de vuestro favor:

Deme vuestra señoría

Los pies.

CONDE. No estéis de ese modo.

LOPE. (Ap.) ¡Oh qué bien que se hace todo

Lo que la fortuna guía!

CONDE. (Lee.) «A don Juan de Guzmán, mi camarero, por no casarse desigualmente, le fue forzoso dejar a Castilla. Pidiome esta carta con deseos de servir a vueseñoría, a quien suplico honre en su casa con el oficio que fuere servido, pagándole a él esta voluntad, y a mí la confianza con que se lo suplico.»

¿Sois vos don Juan de Guzmán?

DON DIEGO. Sí, Señor.

CONDE. Aquí tendréis

Mi casa, que merecéis

Mayores cosas, don Juan,

Por vuestra misma persona,

Sin otro ajeno favor.

DON DIEGO. No en balde, invicto Señor,
Por luz de aquesta corona

Allá os publica la fama.

Ni quiero yo más honor

Que servir tan gran Señor.

CONDE. ¡Hola! al mayordomo llama,

Y haz que le den aposento

Conforme a su calidad.

DON DIEGO. Señor, a tanta humildad

Vos le dais merecimiento.

CONDE. Hermana, yo voy a ver

Si el Príncipe se levanta.

DON DIEGO. No podré yo merced tanta

En mi vida agradecer,

Ni a mi fortuna ni a vos.

(Vanse el CONDE y DON BERNARDO.)

LOPE. ¿Hizo la carta fingida

Efecto?

DON DIEGO. De nuestra vida

Está el remedio en los dos.

LEONORA. ¿Don Juan?

DON DIEGO. ¿Señora?

LEONORA. Escuchad.

¿En la corte habéis vivido?

DON DIEGO. Allí, Señora, he servido

La flor de mi verde edad,

Aunque sirviendo se goza

Lo poco que ya sabéis.

LEONORA. ¿Quién duda que conocéis

A don Diego de Mendoza,

Un caballero, sobrino

Del duque del infantado?

DON DIEGO. (Ap.) Confieso que me he turbado.

LEONORA. ¿Qué estáis pensando?

DON DIEGO. Imagino

La causa por qué queréis

Saber de ese caballero.

LEONORA. Hay aquí cierto escudero,

Que vos no le conocéis,

Que en Castilla le servía;

Este en cualquiera ocasión

Habla con tanta pasión

De su talle y valentía,

Que al principio me cansaba

Y después me aficionó.

DON DIEGO. ¿Y está aquí?

LEONORA. Ya se partió

A una aldea, donde estaba

Por dueño de una heredad

Que mi hermano tiene allí.

DON DIEGO. ¿Oyes esto?

LOPE. Señor, sí.

LEONORA. Quiero saber si es verdad

Lo que cuenta de don Diego

Este escudero.

DON DIEGO. Señora,

A quien preguntáis ahora,

Está de su amor tan ciego,

Que os dirá cosas extrañas;

Pero para que creáis

Que a todos cuantos habláis

Os alaban sus hazañas,

Llamad ese criado mío,

Hombre del vulgo, y veréis

Las cosas que dél sabéis.

LEONORA. Aunque de vos las confío,

Holgaré de hablar con él

Para tener más testigos.

DON DIEGO. ¿Nuño?

LOPE. ¿Señor?

DON DIEGO. Mi Señora

Te quiere hablar.

LOPE. Ya subimos

Desde el caballo al estrado.

LEONORA. ¿Nuño?

LOPE. ¿Señora? (Ap. ¿Qué obispo

Me confirmó? ¿No era yo

Lope no ha un hora?)

LEONORA. He querido

Preguntarte, si es verdad,

Por mil cosas que me han dicho,

Si don Diego de Mendoza...

LOPE. ¿Qué es esto?

LEONORA. Advierte: ¿el sobrino

Del duque del Infantado

Es el más galán que ha visto

Castilla, y el más valiente

Caballero que ha tenido

Granada, y el más amado

De las damas?

LOPE. En mil siglos

No ha visto el tiempo algún hombre

De más partes: si Narciso,

Como las fábulas dicen,

Se enamoró de sí mismo,

Y en el cristal de tus ojos

Se viera don Diego, digo,
Que fuera verdad y historia,
No porque don Diego es lindo;
Mas porque del pie al cabello
Naturaleza le hizo
Hombre sin defecto alguno;
Sólo dicen que era tibio,
Mujeres que despreciaba.
Esto no puedo decillo,
Porque casos semejantes
No son como otros delitos,
Que aquí verán las preñadas...

LEONORA. No eres necio.

LOPE. Ha días que sirvo
Con hambre y necesidad.

LEONORA. ¿Don Juan, tu amo, no es rico
Conforme a su calidad,
Y a las prendas de su oficio?

LOPE. No, Señora.

LEONORA. ¿Pues por qué
Siendo tú ingenioso y vivo,
No le buscas?

LOPE. Ya se ofrecen
Algunos mancebos ricos,

Pero más quiero a don Juan

Pobre con tan buen juicio,

Que sufrir un ignorante.

Oye un cuento... Mas ¿qué digo?

Ya se acabaron los cuentos,

Que como algunos divinos

De oír estudios ajenos

Están cansados y ahítos,

No quieren cuentos; ya dicen

Que les den concetos vivos,

Y pásensele por alto

Tantos sutilmente escritos;

Que he visto yo cierta pluma

Borrar lo que está bien dicho,

Temiendo que no ha de ser

De estos sabios entendido.

Verdad es que lo son muchos

Que escuchan agradecidos:

Que como sabios entienden,

Perdonan como benignos,

Defienden como hombres nobles,

Favorecen como amigos,

Disculpan como quien pueden

Errar; que todos nacimos
Hombres, y no siempre el hombre
Es tan fénix en su oficio,
Que no pueda errar en algo;
Pues en el cielo empíreo
Hubo yerros en criaturas,
Que Dios tan hermosas hizo,
Hasta que los confirmó
En gracia que no tuvimos
Confirmada, los que andamos
En el cielo peregrinos.
Volviendo, en fin, a don Diego
De Mendoza, de él te afirmo
Que no ha nacido en Castilla
Caballero tan bien quisto.
Don Diego no es de los hombres
Que hablando con artificio,
A quien los escuchan matan
Con vocablos exquisitos.
Tiene un claro entendimiento,
Fundado, libre, distinto
Del vulgo, con que a quien habla
Agrada en términos lisos.
Las galas se aprenden de él,
No impropias, porque vestido
Con igualdad, deja al cuerpo
Lugar al honor y al brío.
Tiene en la guerra y la paz,
Señora, tal ejercicio,
Que con las armas es Marte
Y con las galas Narciso.
Puesto a caballo, parece
De los que un tiempo los indios
Pensaron que eran un cuerpo,
Así van los dos unidos.
Dirás que el caballo tiene
Brazos de hombre, y, por lo mismo,
Que el hombre pies de caballo,
Que no son cuerpos distintos.
Y así entiende el animal
Quien va en él, que piensa altivo
Que ya es hombre y no caballo
Y ser de un parto nacidos.
¿No has oído que en el cielo
Hay una figura o signo
Que se llama Sagitario?
Pues es su retrato al vivo.

¡Ay del toro que probar
Su espada atrevida quiso!
La cerviz con cuera de ante
Es como armarse de vidrio.
Pero ¿para qué te canso
Con rudo ingenio atrevido
A las partes de don Diego?
Forme tu ingenio divino
Un hombre en su entendimiento
A prueba de los sentidos,
Que ese es don Diego, y quien es
De tales pinceles digno.
LEONORA. Más ciegos estáis los dos
De la afición de don Diego,
Que quien yo dije. (Ap. Amor ciego,
¿Cómo sois monstruo y sois Dios?
¿Que pueda tanto la fama
De un hombre, y la inclinación
De las estrellas, que son
La mayor fuerza en quien ama?
¿Que quiera lo que no vi,
Y que le pinte de modo
Que le mire el alma todo
Y esté retratado en mí?
¿A quién habrá sucedido
Cosa más noble y extraña?
La imaginación engaña
Al amor, y él al sentido.
Con esto tengo a ventura
Que sirva al conde don Juan,
Que él y Nuño me dirán
Esto que el alma procura.
Con ellos descansaré
De este pensamiento loco.)
DON DIEGO. ¿Lope?
LOPE. ¿Señor?
DON DIEGO. (Ap.) Yo sé poco,
O aquí hay amor.
LOPE. Y yo sé
Que la fama bachillera,
Que es como los habladores
Que hacen las cosas mayores,
Te ha pintado de manera
Que aquesta mujer te adora.
DON DIEGO. ¡Por cuán extraño camino
Trae a un hombre su destino,
Como a mí me trajo ahora!

LOPE. ¿Qué piensas hacer en esto?

DON DIEGO. Lo que quisieren los hados,

Que no quieren ser osados

En lo que tienen dispuesto.

Ya que vivo en Aragón

Y con el conde de Urgel,

Haré sagrado con él

A tanta persecución;

Y con Leonora, su hermana,

De doña Ana a la belleza.

LOPE. ¿No hizo naturaleza

Más belleza que en doña Ana?

¿Qué falta a doña Leonor?

DON DIEGO. Tienes razón; mas si aquí

Soy su criado, ¿de mí

Cómo ha de entender mi amor?

LOPE. El tiempo te ha de enseñar

El modo que has de entender.

DON DIEGO. Pues si el tiempo lo ha de hacer,

Demos al tiempo lugar.

LEONORA. ¿Don Juan?

DON DIEGO. ¿Señora?

LEONORA. Si acaso

Puede tu conocimiento,

Buscando alguna ocasión,

Escribir a este don Diego,

¿No vería yo siquiera

Carta y letra suya?

DON DIEGO. Tengo

Con él tan grande amistad

Que voy a escribirle luego;

Porque al despedirme de él

Me dijo: «En llegando, os ruego

Que me escribáis a Castilla

Vuestra salud y sucesos.»

LEONORA. Para más seguridad,

Haz que lleve Nuño el pliego,

Que yo le daré en que vaya

Con regalo y con dineros.

LOPE. (Ap.) ¿Qué te dice?

DON DIEGO. ¿Quieres tú

Que vaya a escribir?

LEONORA. Deseo...

Si te digo la verdad...

Que los dos...

DON DIEGO. Prosigue.

LEONORA. Temo...

DON DIEGO. Caballero honrado soy.

LEONORA. Pues porque eres caballero

Te digo, que si por ti

Comunicarnos podemos

Don Diego y yo, serás tú

Mi secretario, y mi pecho

Y el dueño de cuanto soy.

DON DIEGO. Tú, Señora, eres mi dueño.

LEONORA. Ve a escribir.

DON DIEGO. Voy. (Vase.)

LEONORA. Nuño, escucha.

¿No irás, por servirme en esto,

Con diligencia a Castilla?

LOPE. Señora, iré tan ligero,

Que parezca que es pesado,

Si corre a mi lado el viento.

Demás, de que ir a Castilla

Es de mi gusto, el provecho

De servirte estimo en tanto,

Que a ser cometa me atrevo

Que encendida en Aragón

Llegue a Castilla tan presto

Que apenas los que caminen

Vean por el aire el fuego.

LEONORA. ¡Ay, qué olvido!

LOPE. ¿Cómo olvido?

LEONORA. ¿No fuera bien que primero

Le preguntara a don Juan

Si está casado don Diego?

LOPE. ¿Pues eso no lo sé yo?

LEONORA. ¿Cómo?

LOPE. En cierto casamiento

Ha tenido diferencias

Con algunos caballeros,

Y aun creo que a uno hirió.

LEONORA. ¿Luego no se hizo?

LOPE. Pienso

Que por celos lo ha dejado.

LEONORA. ¡Ay, Nuño, amigo, si hay celos

No puede ser sino amor!

LOPE. Yo pienso que eran conciertos;

Porque nunca oí decir

Que amase a nadie don Diego.

LEONORA. ¿Por qué?

LOPE. Porque fue de todas

Tan amado, que sospecho

Que traía en la elección

Confuso el entendimiento.

LEONORA. ¿Engañasme?

LOPE. No por Dios.

Sale DON DIEGO

DON DIEGO. Ya escribí.

LEONORA. Lee.

DON DIEGO. Ya leo.

«Hoy he llegado a Aragón,

Y hoy, señor don Diego, escribo,

Que para serviros vivo

En tanta persecución.

La carta del Almirante

Ha sido tan efectiva,

Que me holgaré que le escriba

Otra al Conde, semejante,

En justo agradecimiento,

Porque ya en su casa estoy,

Donde por extremo estoy

Honrado, alegre y contento.

Háceme merced su hermana,

La más hermosa señora

Que ve el sol en cuanto dora

Y más divina que humana.

Por fama, os hace favor,

Que tiene de vuestros hechos,

Que vos, en remotos pechos

Alcanzáis prendas de amor.

Escribilda, que me importa

Que me ayude y favorezca,

Porque con ella merezca

Favor mi ventura corta.

Que por dicha me darán

Mas bien los reinos extraños.

Dios os guarde muchos años.

De Zaragoza, don Juan.»

LEONORA. Ella está á mi gusto; y tanto,

Que como discreto has hecho

Un traslado de mi pecho.

Nuño, ya te he dicho cuanto

Me importa la brevedad;

Cierra tú, y él se aperciba.

DON DIEGO. Yo haré que don Diego escriba.

LEONORA. Si es ciega la voluntad,

Bien se ha probado en mi amor,

Pues quiero lo que no veo. (Vase.)

DON DIEGO. ¿Qué te parece?

LOPE. Que creo,

Que es tu remedio, Señor.
DON DIEGO. Tú estarás en mi aposento,
Sólo de noche saldrás.
LOPE. En fin, ¿tú responderás?
DON DIEGO. Responder también intento,
Hasta ver en lo que para.
LOPE. ¿Y si te obliga a escribir
Que vengas aquí?
DON DIEGO. Venir.
LOPE. En lo que dices repara.
DON DIEGO. ¿No hay noche?
LOPE. A su negro coche
Nombre de capa le dan.
DON DIEGO. Seré de día, don Juan;
Seré don Diego, de noche.

Jornada segunda

Salen EL PRÍNCIPE y LUCINDA.
LUCINDA. ¿Cómo se entró vuestra Alteza?
PRÍNCIPE. Como no hay puerta al poder.
LUCINDA. ¿Violencia se puede hacer
Al honor y a la nobleza?
PRÍNCIPE. Lucinda, menos airada,
No te olvides de quién soy.
LUCINDA. No haré, Señor; pero estoy
Más a mí misma obligada.
Si yo supiera el criado
Que esta noche se atrevió
A meterle aquí...
PRÍNCIPE. Y si yo
Fuera de tu amor pagado,
No hicieras los desatinos
Que ves: tú la culpa tienes
Que yo intente a tus desdenes
Mil maneras de caminos.
La noche me favorece,
Y tú, que eres sol y día,
Me matas, Lucinda mía.
LUCINDA. Siempre, Señor, que anochece
Está temblando mi honor
De vuestro grande poder.
PRÍNCIPE. ¿Qué daño te puede hacer

Mezclado con tanto amor?
Ocho días hay, y aun más,
Que no he llegado a tus rejas;
Pues dime, ¿de qué te quejas,
Si de mi poder lo estás?
Sabe Dios cómo he pasado
Estos días que te digo,
Si no es amor buen testigo
De mi celoso cuidado.
Por ti me quieren matar;
Quien te sirve a amor te mueve,
Que quien a su Rey se atreve,
Mucho te debe de amar.
Perdónole, porque creas
Lo que me debes.

LUCINDA. Señor,

Trata mejor de mi honor
Si hacerme merced deseas,
Que quien no te quiere a ti,
¿A quién tendrá voluntad?
PRÍNCIPE. Si me dices la verdad,
Cesará mi amor en mí,
Por vida del Rey mi padre,
De casarte con él luego.

LUCINDA. Señor...

PRÍNCIPE. Haz lo que te ruego,
Que no hay medio que me cuadre
Como saber que a otro quieres.
De todo le doy perdón.

LUCINDA. ¡Oh cuánto en crédito son
Desdichadas las mujeres!
Por vida de vuestra Alteza,
Que no me he visto en mi vida
De otra persona querida.

PRÍNCIPE. ¿Pues por qué tanta aspereza?

LUCINDA. Ya he dicho que por temor;
Que si va a decir verdad,
Le he tenido voluntad
Desde que me tuvo amor.

PRÍNCIPE. ¿Qué escucho? ¿Eres tú, Señora,
Quien eso dice? ¿Soy yo
Quien esto a tu boca oyó?

DON FERNANDO. (Dentro.) ¿Gente en mi casa a tal hora?
Criados, salir, matadle.

LUCINDA. Mi padre y su gente.

CRIADOS. (Dentro.) ¡Muera!

Sale DON FERNANDO con una alabarda, y TRES CRIADOS con las espadas desnudas; y por otra parte DON DIEGO con LOPE.

DON DIEGO. No pienso esperar afuera
Que no dan voces de balde.

Defendeos, Señor, que aquí
Está don Diego.

LOPE. Y su sombra.

DON FERNANDO. Matadle si no se nombra.

PRÍNCIPE. No hay nombre, desdicha sí.

(Acuchíllanle, y al entrarse cogen por detrás a LOPE.)

CRIADO. ¡Bravo valor!

DON FERNANDO. Los que entraron
Le han dado la vida.

CRIADO. ¡Tente!

DON FERNANDO. ¿Que esto en mi casa se intente?

LOPE. (Ap.) En buen puerto me dejaron.

CRIADO 2.º ¡Suelta la espada!

LOPE. Eso no.

¿Hay aquí algún caballero?

Porque rendirla no quiero

A menos noble que yo.

DON FERNANDO. Dámela a mí.

LOPE. ¿Pues quién eres?

DON FERNANDO. Don Fernando de Aragón.-

¿Estos quién son?

LOPE. ¿Los que son

Saber de mi lengua quieres?

Haz cuenta que del tirano

De Sicilia los tormentos,

Los Perilos y Agrimentos,

Los de Tiberio romano,

Los caballos Diomedeos

Y las penas infernales

Das a mis brazos leales;

Que no podrán tus deseos

Saber quién son, ni acabar

Que a vuestra fuerza me rinda.

DON FERNANDO. Yo lo sabré de Lucinda;

Y mientras la voy a hablar,

Altadle muy bien, que yo

Sabré si podrá el castigo. (Vase.)

LOPE. Que será imposible os digo,

Porque sabed que me dio

Su dureza la montaña

Donde nací.

(Átanle.)

CRIADO 2.º Tú dirás

Más que sabes. (Vase.)
LOPE. No sé más
De que fue desdicha extraña
El caer en vuestras manos.
CRIADO 1.º Él queda atado muy bien. (Vase.)
LOPE. Cuantos tormentos me den
Han de ser remedios vanos.
Solo estoy; y, en fin, sujeto
Y atado; a cualquier traición;
¿Qué he de hacer? ¡Brava ocasión
Para decir un soneto!
Pero no, que enfadan ya
A la gente discretera;
Pues ¿qué haré de esta manera?
Sale FLORA.
FLORA. Atado dicen que está
Uno de aquellos traidores.
LOPE. ¡Ah, Señora! ¡ah, reina mía!
Oye.
FLORA. ¿Quién es?
LOPE. Quien venía
Por sombra de estos amores;
Cogiéronme y hanme atado.
FLORA. Pésame, que a mi Señora
También la maltrata agora
Sin razón su padre airado.
Ten fuerte, y no digas que es
El Príncipe.
LOPE. ¿Luego sabes
Quién es?
FLORA. Y cosas más graves.
LOPE. Pues ruégote que me des
Libertad.
FLORA. Será mi muerte.
LOPE. ¿Pues cómo se ha de saber?
FLORA. ¿Quién eres?
LOPE. ¿Quién puede ser
Quien viene de aquesta suerte
Con un Príncipe?
FLORA. Es verdad,
Que el Príncipe no trajera
A su lado, quien no fuera
Persona de calidad.
LOPE. Lleg a y huéleme.
FLORA. No hueles
Muy bien.
LOPE. Es ventoso el miedo;

Pero asegurarte puedo

Muy bien, si de mí te dueles,

Que me casaré contigo.

FLORA. ¿Qué me dices?

LOPE. ¿No es mejor

Que morir?

FLORA. ¿Habla el temor?

LOPE. Lo mismo que dices digo;

Pero yo lo juro así,

Y así lo prometo al cielo.

FLORA. Que me has de engañar recelo,

Si no hay calidad en mí;

Aunque te juro que soy

Hidalga, y sobre un hidalgo

Todo viene bien.

LOPE. Si salgo

De este peligro en que estoy,

Y aqueste rigor amaina,

Seré tuyo.

FLORA. Ya te creo:

¿Tu nombre?

LOPE. El conde de Argeo.

FLORA. ¿A dónde cae?

LOPE. Junto a Hanaina.

FLORA. Yo te desato. (Desátale.)

LOPE. Harás bien.

FLORA. Ya lo estás.

LOPE. ¿Podré salir?

FLORA. Conmigo puedes venir,

Que yo te abriré también.

LOPE. De hoy más quiero que te nombres

Mi mujer.

FLORA. Mi esposo eres.

LOPE. Siempre han sido las mujeres

El amparo de los hombres.

De ellas, en efecto, nacen,

¿Pues quién las puede argüir,

Pues por sólo por parir

Hacen todo lo que hacen?

(Vanse.)

Salen EL PRÍNCIPE y DON DIEGO.

PRÍNCIPE. Si de Alejandro la alta monarquía

Heredase, don Diego, y te la diese,

Alguna parte de la deuda mía

Es imposible que pagar pudiese;

Pues cuando el beneficio de este día

En la balanza del amor pusiese,

Con tus hechos de gloria y fama llenos
No dudo que pesase el mundo menos.
¿Adónde estabas tan a punto cuando
En un peligro tal pudiste verme?
Pues sin duda su gente y don Fernando
Me pudieran matar sin conocerme.
Más, ¿qué te está mi dicha preguntando,
Ni para qué dilato el ofrecirme
Mil veces por tu esclavo?

DON DIEGO. Señor mío,

De quien mi vida y mi remedio fío,
Las noches que has faltado de esta puerta
Yo he sido centinela en sus umbrales,
Donde apenas he visto reja abierta
Ni sospecha de otro amor señales.
Mi buena suerte aquesta noche acierta
A verte entrar, y con recelos tales
Púseme cerca y a las voces llego.

PRÍNCIPE. Dame esos brazos otra vez, don Diego,
Y hazme tan grande bien que no dilates
Más tu presencia al día en que te vea,
Pues ya no es tiempo que esconderte trates,
Lo que mi justa obligación desea.

DON DIEGO. Aunque con tantas fuerzas me combates
Y ya mi amor en ti la suya emplea,
Lo ha de ser que te niegue lo que pides,
Porque mi bien y mi remedio impides.
Perdona, gran Señor, y ten paciencia
Hasta que de Castilla tenga aviso.

PRÍNCIPE. Siente, don Diego, amor tu resistencia,
Y estoy entre mil cosas indeciso.

DON DIEGO. Yo voy haciendo cierta diligencia
En la desdicha que ponerme quiso
Mi fortuna cruel; si presto viene,
Verás con luz quien ya por sol te tiene.

PRÍNCIPE. ¿Pues dónde estás de día?

DON DIEGO. En una casa

De posadas estoy, hasta que Febo
En nubes de oro al occidente pasa,
Bordando las de allá resplandor nuevo.

PRÍNCIPE. ¿Tienes regalo?

DON DIEGO. Y no de mano escasa,
Que tanto al dueño de la casa debo.

PRÍNCIPE. Envidio su ventura.

DON DIEGO. Y yo envidiara

La mía, si este bien en otro hallara.

PRÍNCIPE. Quiero darte una joya que traía

Para Lucinda, aunque es pequeño el precio,
Que veinte mil escudos este día
Pienso que son de tu valor desprecio.

DON DIEGO. Fuera no la tomar descortesía;
Y en opinión de un rey quedar por necio.
Beso tus pies mil veces.

PRÍNCIPE. Si quisieras
Diverso premio de mi amor tuvieras.

¿Qué miras? ¿En qué estás tan divertido?

DON DIEGO. Lope, Señor, es un leal criado,
En la montaña donde yo nacido,
Y ver que no salió me da cuidado.

PRÍNCIPE. A desdicha tendré si le han herido,
Y mayor si quien soy ha declarado.

DON DIEGO. De eso estoy yo seguro, aunque le hicieran
Pedazos a tormentos que le dieran;

Y así, Señor, suplico a vuestra Alteza
Me dé licencia que a buscarle vaya,
Que fuera ingratitud a mi nobleza,
Aunque mil suertes de peligros haya.

PRÍNCIPE. Es justa obligación y gentileza;

Mas ya que mi secreto está en la playa,
Será volverle al golfo en que se anegue.

DON DIEGO. Un hombre viene aquí.

PRÍNCIPE. Si es solo, llegue.
Sale LOPE.

LOPE. (Ap. Famosamente escapé,
Por manos de Flora hermosa,
De la prisión rigorosa
Donde ser muerto pensé.

Con el Príncipe se iría

Don Diego. Gente hay aquí

Esta noche anda tras mí

Suelta la desdicha mía.

Ellos son dos: si me muestran

Cobarde, me han de matar;

Ahora bien, quiero trazar

Esta pendencia a lo diestro;

Pero valga industria aquí,

Que fue siempre lo mejor.

Estos llegan con rigor

Metiendo mano hacia mí.

El tirar la capa pruebo

Con la izquierda; aquel que encapo,

Como los ojos le tapo,

De una estocada le llevo.

¿Pues cuerpo a cuerpo el que queda,

Quién me le puede quitar?)
¡Ah, hidalgos! ¿podré pasar?
(Ap. Olor hay y cruje a seda.
Consolado estoy; no es gente
De rapis, rapis.) ¿Qué digo?
¿Pasaré?

PRÍNCIPE. ¿Quién es?

LOPE. Amigo,

Y si quisiere, pariente.

DON DIEGO. Pase o no pase.

LOPE. (Ap. Mal año;

¿Pase o no pase? ¿qué haré?)

Si me dejan, pasaré

Sin hacerles mal ni daño,

Y si no...

PRÍNCIPE. ¿Qué babéis de hacer?

LOPE. ¿Qué tengo de hacer? volverme.

DON DIEGO. ¿Es Lope?

LOPE. ¿Señor?

DON DIEGO. Hacerme

No pudo mayor placer

Y lisonja la fortuna.

Mira que está aquí su Alteza.

LOPE. A los pies de tu grandeza,

Que ya de esta noche es luna,

Está Lope de Vivar.

PRÍNCIPE. ¡Ay Lope! ¿qué ha sucedido?

LOPE. A la cama de su olvido

Se quiere entrar a acostar

La noche, porque el mongil

De bayeta dobla ya,

Y coronando se va

Moncayo de oro y marfil.

Por el camino diré

La ventura que he tenido,

Que he estado preso.

PRÍNCIPE. No ha sido

Tu dicha, la mía fue.

Vamos, don Diego.

DON DIEGO. Señor,

La vida es poco ofrecerte.

LOPE. Tragada tuve la muerte;

Mas nunca tuve temor.

PRÍNCIPE. Lope, en aqueste bolsillo

Llevas doscientos doblones.

LOPE. Ríndante varias naciones

Tanto metal amarillo,

Que puedas, Señor, dorar
Los muros a Zaragoza.
DON DIEGO. Lope, quien tal dueño goza,
¿Qué tiene que desear?
LOPE. Verte en descanso no más.
(Vanse.)
Salen EL CONDE y LEONORA.
CONDE. Declarado se ha conmigo,
Don Bernardo, de este modo.
LEONORA. No es de discretos que todo
Lo sepa el mayor amigo;
Algo se ha de reservar.
CONDE. Fue forzoso descubrielle
Mi pecho, para pedille
Que me quisiere ayudar.
LEONORA. Nunca con arte pretendas
Del Príncipe la amistad,
Ni la propia voluntad
Con industria impropia ofendas.
Si tienes estrella, basta
Para merecer su amor,
Que es adúltero el valor
Cuando la amistad no es casta.
CONDE. Ya te he dicho que me fue
Forzoso, y que ya está hecho.
LEONORA. Que te ha de dañar sospecho
Si despreciado se ve.
CONDE. ¿Luego no te casarás
Con don Bernardo?
LEONORA. ¿Eso dices?
CONDE. Pues cuenta por infelices
Mis pretensiones de hoy más.
LEONORA. Con mejores pensamientos
Pensé que vueseñoría
Había nacido.
CONDE. Tenía
Tus altos merecimientos,
Leonora, para un señor
De Castilla, como sabes;
Pero en negocios tan graves
Está temblando el honor.
Sin esto, no se ha sabido
Quién es el que defendió
Al Príncipe, que llegó
Acaso, o él lo ha fingido;
Pues no habrá, pues no hay ninguno
A quien haga más merced.

LEONORA. Todos los hombres, creed
Esto, sin que falte alguno,
Os perdéis por presunción;
Pues piensa el más ignorante
Que no tiene semejante
Su ingenio y su discreción.

CONDE. Si yo tomara consejo,
No hiciera tal disparate;
Mas del remedio se trate.

LEONORA. Oye el que te aconsejo;
¿El Príncipe está celoso?

CONDE. Notablemente.

LEONORA. Pues di
Que es don Bernardo el que allí
Le desvela codicioso
De casarse con Lucinda.

CONDE. Yo lo había imaginado;
Pero púsome en cuidado
Que a tal agravio me rinda.

LEONORA. Él ¿en esa confianza,
No me pide por mujer?
Luego remedio ha de haber
A su perdida esperanza.

CONDE. ¿Pues cómo el Príncipe puede
Creer que la sirve?

LEONORA. Escucha,
Que si la sospecha es mucha
A toda lealtad excede.
Di a don Bernardo que importa
Que de noche dé a entender
Que viene a hablarla, y a ver
Si el Príncipe se reporta
En este amor con los celos;
Y que finja que está hablando
Por las rejas.

CONDE. Voy pensando
Que no han formado los cielos
Más ingenioso animal
Que la mujer.

LEONORA. Eso es cierto.

CONDE. Hoy al Príncipe le advierto.

LEONORA. Celos es pasión mortal:
Darate crédito luego.

CONDE. Este, don Juan, mi criado,
Me parece hidalgo honrado,
¿Podreme de éste fiar?

LEONORA. Podraslo mejor de mí;

Que de don Bernardo aquí
Ya no te puedes fiar,
Pues negado el casamiento
Es amigo sospechoso.
CONDE. Voy contento, aunque dudoso,
Pues no es justo lo que intento. (Vase.)
Sale DON DIEGO.

DON DIEGO. Porque no me viese el Conde,
Estuve esperando afuera.

Nuño llegó de Castilla
Con cartas y buenas nuevas.

LEONORA. ¿Está ahí?

DON DIEGO. Señora, sí.

LEONORA. Pues entre, ¿qué aguardas?

DON DIEGO. Entra,

Nuño, que ya mi Señora
Te da licencia.

Sale LOPE con bolas y fieltro.

LOPE. Con ella,

La baraja de este pliego

Se jugará con licencia.

LEONORA. ¿Nuño?

LOPE. Gallarda Señora,

La tierra en que pones, besa,

La suela del blanco pie

Y pluguiera a Dios que fuera

De media vara.

LEONORA. ¿A qué efecto?

LOPE. Porque mi boca pudiera,

Por mostrar más humildad,

Besar gran cerco de tierra.

LEONORA. ¿Qué hay de Castilla?

LOPE. Que están

Buenos sus Reyes, y buena

Su familia, que ya sabes

Esto de cum prole regia

También está con salud

Y abundancia de Almatea

Populo sibi comisso

Su ejército y sus banderas.

Hallé a don Diego en Toledo

Porque vino con la reina,

Que me dicen que traía

En el sagrario novenas.

Holgueme; porque, en efecto,

No pasé las altas peñas

Del nevado Guadarrama.

Leyó tu carta y en ella
El capítulo mil veces
En que dices que celebra
Mi Señora sus hazañas,
Su talle y su gentileza.
Preguntome, como mozo,
Algunas; impertinencias
Acerca de tu pasión.
Que yo apostaré que piensa
Que estás de él enamorada.
LEONORA. No se engaña, y yo quisiera
Que aunque mintieras, de mí
Le dieras mejores señas;
Pero ¿qué te preguntó?
LOPE. Si eras, señora, discreta;
Esto lo primero fue.
LEONORA. ¿Qué dijiste?
LOPE. Que lo eras
Como un ángel, y añadí
Lo mismo de tu belleza.
Preguntome si eras blanca,
O picabas en morena;
Qué pelo, y si rizo o llano,
Si eras zarca u ojinegra.
Qué boca, qué proporción
De nariz: si era aguileña,
O a si acaso a Roma iba
Por dispensación de necia.
Qué disposición de cuerpo,
Qué brío, qué gentileza;
Yo pensé que te quería,
Aunque por sutil me tengas,
Para fuelle o abanico;
Porque con notable fuerza
Me preguntó si tenías
Buen aire, y dije, ¿qué señas
Te puedo dar de su aire,
Si nunca fui detrás de ella?
Finalmente, él te trató...
DON DIEGO. (Ap.) Él se burla.
LOPE. Como a yegua;
Pues preguntó por tus dientes,
Que es amor tal vez de albéitar.
Yo le dije, de la boca
Son las señales más ciertas
Dos cortinas de coral
Para dos hilos de perlas.

Tenle por necio, o por sabio,
Lo que tú quisieres sea,
Atienta aquese bolsillo:
Todo es oremus; cincuenta
Doblonos de a cuatro tiene;
Esto me dio por las nuevas.
LEONORA. ¿Hay tan bizarro español?
Abre la carta.

DON DIEGO. Oye atenta,
Que no la he querido abrir
Sin que primero la veas:
«De vuestras persecuciones
Por todo extremo me pesa,
Don Juan, aunque con el mismo
De veros libre me alegra
Que el conde de Urgel os haga
Tal merced, no es cosa nueva
Al gran valor de su casa,
De ilustrísima ascendencia.
Fuera de que vos, por vos,
Merecéis que os favorezca;
Pero dejando aparte esto
Me pareció cosa nueva
Que esa señora, su hermana
Quiera honrar con su grandeza
Mis humildades, decidle
Que sus pies mil veces besa
Don Diego, y que desde hoy
Quiere que su dueño sea;
Y que en su nombre un torneo
Aquí en Toledo sustenta
De hoy en un mes, y promete
Que las joyas, si le premian,
Ha de enviarle a Aragón,
Si le permite licencia.
Querríaos hablar más claro,
Dádmela vos, que me atreva;
Pues Nuño es hombre seguro,
Aunque algunos no lo crean.
Ya sabéis mi calidad,
Y que mejor me estuviera
Esa dama en Aragón,
Que en Castilla la condesa.
Solicitud ese amor,
Que el que por fama comienza,
Suele acabar con las obras;
Que si Leonor persevera,

Yo iré a verla disfrazado,
Pues de noche podré verla.
Por vida vuestra, don Juan,
Que la estimo como vuestra,
Que me enviéis su retrato,
Porque de Nuño las señas,
Como conozco su humor,
Nunca las tuve por ciertas.
Dios os guarde muchos años,
Don Diego Mendoza.»

LEONORA. Espera,

Quiero ver la firma.

DON DIEGO. Toma.

LOPE. (Ap.) Vive el cielo que la besa.

DON DIEGO. (Ap.) ¡Que aquesto pueda la fama!

LOPE. Mejor dirás las estrellas,

Que bien se ve que este amor

De su influencia se engendra.

DON DIEGO. ¿Qué quieres que le responda?

LEONORA. Estoy por decir que venga;

Mas parece libertad.

DON DIEGO. No puede ser que lo sea

Si no escribo lo que dices,

Y pues a este punto llegas,

Dame, Señora, un retrato,

Que puede ser que le tengas,

Para que a don Diego envíe.

LEONORA. Como don Diego no sepa

Que yo le envío, si haré;

Pero con esta advertencia,

Que él me ha de enviar el suyo

Mientras no viene.

DON DIEGO. Que sea,

Pues, en razón.

LEONORA. Voy por él.

DON DIEGO. Pues son las cartas tan ciertas

Por el correo, Señora,

Y don Diego está bien cerca,

No es menester enviar

A Nuño.

LEONORA. Como tú quieras;

Que donde me pierdo tanto,

No importa que ellas se pierdan. (Vase)

LOPE. ¿Qué intentas con esas cosas?

DON DIEGO. ¿Qué quieres, Lope, que intente?

LOPE. Que la sangre es excelente

Y las partes son hermosas,

Nadie lo puede negar;
Pero en aqueste contrato
Hallo un engaño.

DON DIEGO. No es trato

Que a nadie pueda engañar.
LOPE. Si tu retrato le envías,
¿No ha de conocerte luego
Y saber que eres don Diego?

DON DIEGO. Poco de mi ingenio fías;
Poner otro.

LOPE. Es más error;

Que si es hermoso, y no es
Como el que espera, después
Llamarase a engaño amor:
Pues si es feo, aquel deseo
Con que te quiere por fama
Ha de cesar, que quien ama
Nunca le imagina feo.

Pues si no es feo ni hermoso
Y ama en él lo que desea,

¿Cómo, después que te vea,

Su pensamiento amoroso

Hallará satisfacción

En cosa que es diferente,

Y que no le represente

La misma imaginación?

Yo no soy de parecer

Que ese retrato le envíes,

Ni que tantas cosas fíes

De un ingenio de mujer

Que por instantes se muda.

DON DIEGO. ¿Pues qué te parece a ti?

LOPE. Que digas que viene aquí

Con que saldrás de esta duda.

DON DIEGO. ¿Cómo la tengo de hablar?

LOPE. De noche, por estas rejas.

DON DIEGO. Lo que importa me aconsejas.

LOPE. Eso no se puede errar;

El hablarla te asegura

Del pretendido favor;

Hablando se aumenta amor.

DON DIEGO. Ya le ha puesto su hermosura

En mis imaginaciones,

Y el de Castilla se pasa.

LOPE. Como eso la ausencia abrasa

Si en sus remedios te pones.

DON DIEGO. El mío he puesto en su mano.

LOPE. Vencerá, por su interés,
Un amor aragonés
A un agravio castellano.
Salen DON FERNANDO, LUCINDA y DON CARLOS.
LUCINDA. No hay que atormentarme más,
Yo he dicho verdad en todo.
DON FERNANDO. Hablándome de ese modo
Mayor sospecha me das.
DON CARLOS. Dime a mí como a tu hermano
Quién es ese caballero,
Que yo quitarte no quiero
Tu gusto.
LUCINDA. Cásaste en vano.
DON CARLOS. ¿El Príncipe en nuestra casa?
No, Lucinda, tú has querido
Disimular.
LUCINDA. Esto ha sido,
Carlos, todo lo que pasa,
Y que él es el que pretende
Vuestro deshonor, que yo
No le quiero.
DON FERNANDO. ¿Cómo no,
Si entrar en mi casa emprende?
LUCINDA. Culpa tus malos criados
Que por interés le dieron
Lugar.
DON FERNANDO. ¿Que ellos le trajeron?
LUCINDA. Sí, que los ruegos dorados
Alcanzan todo imposible.
DON FERNANDO. No me ha de quedar ninguno
En casa.
DON CARLOS. En tiempo oportuno,
Que esta es ocasión terrible,
Podrás despedirlos de ella;
Que no es bien dar a entender
Al Príncipe, que a saber
Llegas lo que intenta en ella;
Que si él está enamorado
Le ocasionas, te prometo,
A que te pierda el respeto.
LUCINDA. Dios sabe que no le he dado
Causa ni ocasión jamás;
Si en haberme defendido
Con desdén y con olvido,
No ha sido ofenderle más.
DON CARLOS. Puesto, Señor, que eres viejo,
Y que es madre de la ciencia

La edad, y de la experiencia
Es hijo el cuerdo consejo,
Yo quiero dártelo a ti
En aquesta confusión.
DON FERNANDO. Bien podrás, que mi razón
Con el temor falta en mí;
Pero ya sé que dirás
Que case a Lucinda luego.

DON CARLOS. Eso te suplico y ruego;
Pero hay otra cosa más:
Que si Lucinda se casa
En Aragón, será cosa
A tu honor más peligrosa
Si el mismo desdén le abrasa;
Porque luego ha de querer
O matar a su marido,
O entrar en su casa.

DON FERNANDO. Ha sido
Justo temor del poder,
Que mal podré resistillo
De su tirana afición.

DON CARLOS. Saquémosla de Aragón
Y casémosla en Castilla.

DON FERNANDO. Bien dices; pero ¿con quién?

DON CARLOS. Habrá tantos, que el que más
Te agrade escoger podrás.

DON FERNANDO. Carlos, tú dices muy bien.

DON CARLOS. Aquí ha llegado la fama

De un don Diego de Mendoza,

Que sin verle Zaragoza

Le estima, celebra y ama.

Si quieres que yo le escriba,

Harase, saldrás de pena,

Y llévela norabuena

Para que en Castilla viva.

Que después que con la ausencia

Se olvide de esta afición,

Podrá volver a Aragón.

DON FERNANDO. No pudiera mi experiencia
Hallar consejo más sabio:

¿Es grande la calidad

De don Diego en igualdad

De nuestra sangre?

DON CARLOS. Es agravio

Tratar de un hombre, sobrino

Del duque del Infantado.

DON FERNANDO. Escríbele, y concertado,

Póngase luego en camino. (Vase.)
LUCINDA. ¿Qué habéis hablado de mí?
DON CARLOS. Que ya te habemos casado.
LUCINDA. ¿Casado?
DON CARLOS. ¿No fue acertado?
LUCINDA. Estoy por decir que sí:
Lo breve me maravilla.
DON CARLOS. Pues no ha sido en Aragón,
Que por quitar la ocasión
Te casamos en Castilla.
LUCINDA. ¿En Castilla?
DON CARLOS. Vendrá luego
Quien esta ventura goza.
LUCINDA. ¿Quién?
DON CARLOS. Don Diego de Mendoza.
LUCINDA. Por fama estimo a don Diego:
¡Ay si fuese tan dichosa!
DON CARLOS. No dudes que lo serás;
Porque hallar don Diego más,
Parece imposible cosa.
LUCINDA. Las damas de Zaragoza,
Sólo tratan de don Diego.
DON CARLOS. Al poder de amor tan ciego,
La defensa de un Mendoza.
Salen EL PRÍNCIPE y EL CONDE.
PRÍNCIPE. Yo os digo que no sé quién me ha librado,
Conde; si lo supiera lo dijera.
CONDE. Envidio, gran Señor, quien os ha dado
La vida; pero ser quien fue quisiera.
PRÍNCIPE. Yo tengo para mí que fue soldado.
CONDE. ¿Y no supo quién érades?
PRÍNCIPE. Pudiera
Venirme daño.
CONDE. Cosa en vos extraña
Dejar sin premio tan heroica hazaña.
PRÍNCIPE. No le dejé sin él, aunque fue poco
Una joya le di que la traía
Para Lucinda.
CONDE. Cada vez que toco
En la dicha, el valor, la valentía
De ese soldado estoy de celos loco.
PRÍNCIPE. Mayores los padezco noche y día
De este dichoso a quien Lucinda quiere
Que un grande amor de un gran desdén infiere.
CONDE. Si me diese palabra vuestra Alteza
De no matar al hombre ni avisalle,
Yo le diría quién es, que en su grandeza

Ni cabe el ofendelle ni matalle.

PRÍNCIPE. ¿Tú lo sabes?

CONDE. Mirando tu tristeza
De aquestas noches en rondar su calle.

PRÍNCIPE. ¿Quién es?

CONDE. Jura primero.

PRÍNCIPE. Por Dios juro...

CONDE. Basta, Señor, con esto estoy seguro.

Lucinda quiere a don Bernardo.

PRÍNCIPE. ¡Ay cielos!

Que quise conocelle en la persona
Cuando me acuchilló.

CONDE. Si hay cuerdos celos,
Aquí, Señor, tu entendimiento abona.

PRÍNCIPE. Por ti los callaré; pero tendrelos
Con más razón en ver que se apasiona
De un hombre desigual.

CONDE. Igual ha sido
Más que el alto galán, el vil marido.

Tú no te has de casar: Lucinda estima
Un noble caballero para dueño.

PRÍNCIPE. Ríndese amor, y su desdén me anima;
Toda esta noche, Conde, pierdo el sueño.

CONDE. Mucho el ver tu tristeza me lastima.

PRÍNCIPE. Ya menor parte del dolor enseño.

CONDE. Aquesta noche quiero acompañarte.

PRÍNCIPE. Ninguna cosa a mi remedio es parte.

Vete en buen hora, acuéstate y sosiega.

CONDE. Señor...

PRÍNCIPE. No has de ir: y ya que sin enojos
Muestra su oscuridad la noche ciega,
Yo voy a ver la luz de mis enojos.

CONDE. No quiero replicarte.

PRÍNCIPE. Si me niega

Que mis suspiros vayan por despojos
A enternecer sus rejas, yo soy muerto.

CONDE. (Ap.) Perdido voy, ninguna cosa acierto.

Salen DON DIEGO y LOPE.

DON DIEGO. ¿Serán las diez?

LOPE. Sí serán.

DON DIEGO. ¿Entiendes de Astrología?

LOPE. Conozco que espira el día
Al salir el lubricán,

Y que vuelve a amanecer

Si veo al alba reír.

DON DIEGO. Eso se puede decir,

Eso se puede creer;

Aunque en materia del cielo
Es ciencia infalible, Lope.
LOPE. No sé más de que al galope
Va la luna envuelta en hielo,
Y que el carro y las cabrillas
Salen a tiempos del año
Altas y bajas.
DON DIEGO. ¡Qué engaño
Reducir las maravillas
De aquel Soberano autor
A dos dedos de papel!
LOPE. ¿Vendrá el Príncipe?
DON DIEGO. Sin él
Vive amor.
LOPE. Terrible amor.
(Grita dentro.)
DON DIEGO. El silencio se alborota.
LOPE. Mancebos son del lugar.
DON DIEGO. Algún cómo quieren dar.
(Tocan una guitarra.)
LOPE. ¡Qué temeraria friota!
DON DIEGO. Música suena.
LOPE. Ella, el cómo
De la noche efectos son.
DON DIEGO. Sólo temo en Aragón
Estas píldoras de plomo.
LOPE. ¿Eso no está ya peor
En Castilla?
DON DIEGO. En siendo tarde
Todo cristiano se guarde.
LOPE. Tarda Alfonso.
DON DIEGO. ¡Gran rumor!
LOPE. Es que dan grita a una vieja.
Que administra en esta calle
Dos mozas de lindo talle.
DON DIEGO. Pues dí, ¿qué les aconseja?
Que las puertas le derriban
Y las ventanas también.
LOPE. Que a ninguno quieran bien,
Y que de todos reciban.
Sale EL PRÍNCIPE.
PRÍNCIPE. Si no me ha engañado el talle,
Aquí están mis dos secretos
Amigos.
DON DIEGO. ¿Quién es?
PRÍNCIPE. Yo soy.
DON DIEGO. ¡Oh mi Señor!

PRÍNCIPE. ¡Oh don Diego!

LOPE. Aquí está, Príncipe invicto,
De aquesta noche el silencio,
De aqueste cuerpo la sombra,
De este Tobías el perro,
Y la tierra de sus pies.

PRÍNCIPE. ¡Oh Lope! ¿Pues qué hay de nuevo?

LOPE. Lo mismo que en el principio
Del mundo, algo más o menos,
Digo del diluvio acá,
En que los hombres hicieron
Casas, defensas y ofensas,
Naves, repúblicas, reinos;
Hay muchas mujeres.

PRÍNCIPE. ¿Muchas?

LOPE. Son tantas, que te prometo
Que si estimarse supieran
Los hombres de aqueste tiempo,
Que anduvieran a rogarlos
Y que les dieran dineros.
Hay amigos y enemigos,
Y todos son de provecho;
Que el enemigo os reprime
Para que seáis más bueno,
Y el amigo os hace bien.

PRÍNCIPE. ¿Y qué hay más?

LOPE. Hay muchos pleitos
Que son sustento del mundo,
Porque ya se funda en ellos.
No me mires ni me aguardes,
Que no he de hablar, te prometo,
En mi vida una palabra,
Que soy desdichado en esto.
Como esto es imitación
De las costumbres del pueblo,
Tal vez la lengua o la pluma
Dicen lo que no quisieron.
La lengua, como está en agua,
Tiene el movimiento presto:
La pluma, como está en tinta,
Deslizase por momentos.

PRÍNCIPE. ¿Don Diego?

DON DIEGO. ¿Señor?

PRÍNCIPE. Yo estoy

Muerto de celos.

DON DIEGO. Los celos

Son máscara del amor,

Que se disfraza con ellos.

PRÍNCIPE. Está bien dicho; he sabido

La causa.

DON DIEGO. ¿Y quién es el dueño?

PRÍNCIPE. Don Bernardo, en Aragón

Un principal caballero.

DON DIEGO. ¿Quiérole Lucinda?

PRÍNCIPE. Y tanto,

Que ha tenido atrevimiento

Para matarme.

DON DIEGO. Ya sé

Lo demás de este suceso.

PRÍNCIPE. Querría certificarme:

Llega a las rejas diciendo

Que eres don Bernardo.

DON DIEGO. Voy.

PRÍNCIPE. Llama con la espada y quedo.

DON DIEGO. ¡Ha de arriba?

Sale LUCINDA a la ventana.

LUCINDA. ¿Quién es?

DON DIEGO. Yo:

¿No me conoces?

PRÍNCIPE. Guardemos

Tú y yo la calle.

LUCINDA. ¿Quién es?

DON DIEGO. ¿Otra vez?

LUCINDA. Y aun otras ciento.

DON DIEGO. Mira que soy don Bernardo.

LUCINDA. Pues don Bernardo, ¿a qué efecto?

¿No sabe el Príncipe ya

Que no lo son los terceros?

DON DIEGO. Del Príncipe no lo soy;

Porque fuera desconcierto

Siendo yo de ti querido.

LUCINDA. ¿Cómo es eso? ¿Yo te quiero?

DON DIEGO. Solo estoy; mira, Señora,

Que tus desfavores siento.

LUCINDA. ¿Qué desfavores, Bernardo?

¿Cuándo, cómo, y en qué tiempo

Te he favorecido yo?

DON DIEGO. (Ap.) ¿Oyes esto?

PRÍNCIPE. (Ap.) Estoy suspenso

De tan grande novedad.

DON DIEGO. Yo, Señora, te pretendo

Para mujer; aunque sé

Que por amor te merezco.

LUCINDA. Bernardo, aunque yo debiera

Mostrar agradecimientos

A tu amor, era imposible;

Demás, que no te le tengo.

DON DIEGO. (Ap.) ¿No lo escuchas?

PRÍNCIPE. (Ap.) Bien lo escucho.

DON DIEGO. Agora creo mis celos,

Y que quieres bien a Alfonso.

LUCINDA. Que es engaño te prometo,

Y que como ya casada,

Ninguna cosa deseo.

DON DIEGO. ¿Casada?

LUCINDA. Casada estoy;

Que mi padre, conociendo

Que el Príncipe estaba ya

A su deshonor resuelto,

En Castilla me ha casado.

DON DIEGO. ¿En Castilla?

LUCINDA. Ya el correo

Lleva cartas a mi esposo,

A sus amigos y deudos.

DON DIEGO. ¿Puedo yo saber con quién?

Pues bien sabes que te debo

El parabién.

LUCINDA. ¿Por qué no?

DON DIEGO. (Ap.) ¿Oyes esto?

PRÍNCIPE. (Ap.) Estoy muriendo.

LUCINDA. Ha concertado mi padre

Hacer este casamiento

Con don Diego de Mendoza,

Un notable caballero

Cuya fama es imposible

De sus valerosos hechos

Que no te haya dado aviso.

DON DIEGO. ¿Con don Diego?

LUCINDA. Con don Diego,

Y perdona si me voy,

Porque ni puedo ni quiero,

Siendo ya mujer casada,

Oír requiebros ajenos (Vase.)

DON DIEGO. Cerró y fuese.

PRÍNCIPE. Y yo cerrara

También la puerta al deseo,

Si no supiera que estaba

En Zaragoza don Diego.

¿Cómo ha hecho don Fernando

Este casamiento?

DON DIEGO. Creo

Que mi nombre le ha obligado.

PRÍNCIPE. ¿Hay más extraño suceso?

DON DIEGO. Menester es prevenir

El ir a la corte el pliego,

Porque si llega a la corte

Se sabrá todo el secreto.

PRÍNCIPE. Yo enviaré con diligencia

Tras él, y tú podrás luego

Responder a don Fernando

Que aceptas el casamiento

Y vendrás a Zaragoza

Para tratar el concierto.

Mas que secreto ha de ser;

Y así, podrás de secreto

Hablar de noche a Fernando,

Como que vienes a esto

Desde Castilla.

DON DIEGO. ¿Y si llegan

A querer él y sus deudos

Que dé la mano a Lucinda?

PRÍNCIPE. Descubrirasles que has muerto

A don Nuño, y que hasta tanto

Que el Rey, airado en extremo,

Te perdone, no es posible;

Porque conforme al derecho

Te ha secuestrado tus tierras.

DON DIEGO. Es la traza de tu ingenio;

Pero advierte que abre el día

La hermosa llave del cielo

Por el candado del alba.

PRÍNCIPE. Pues vámonos.

LOPE. ¿Qué es aquesto?

DON DIEGO. Fábricas de la fortuna,

Edificios de los celos,

Desatinos del amor,

Y de mi desdicha enredos.

Y que ahora más que nunca

Con razón llamarme puedo,

No don Diego de Mendoza,

Como mis padres y abuelos,

Sino don Diego de noche.

LOPE. Oye a propósito un cuento;

Pero ya no me acordaba:

Ya te lo diré allá dentro.

Jornada tercera

Sale LEONORA, DON DIEGO y LOPE.

LEONORA. Vuelve a decirme, don Juan,
Que vino anoche don Diego.

DON DIEGO. Vino, y vino a verme luego.

LEONORA. No tiene el mundo galán
Que sepa obligar así.

DON DIEGO. Débesle notable amor;

(Ap. Que nadie sabe mejor

Que yo lo que pasa en mí.

De burlas quise querer,

Y ya tan de veras quiero,

Que si dejo de ver muero,

Y vivo si llego a ver.)

LEONORA. Si sólo viene por mí,

Bastaba esta obligación

Para ponerme afición.

DON DIEGO. ¿Pues él a qué viene aquí?

Pregunta a Nuño qué dice.

LOPE. ¿Qué me puedes preguntar,

Si a cuanto puedes dudar

La verdad te contradice?

Mil cosas me ha preguntado,

Todas señales de amor,

Porque la fama es pintor

Y lisonjero extremado.

No hay Apeles ni Timantes...

¿Qué es Timantes? ¿Qué es Apeles?

Que con mejores pinceles

Pinte hermosuras de amantes.

LEONORA. Más enamora la fama

Muchas veces que la vista.

LOPE. Como no hay quien la resista,

Hácese mayor la llama.

Una vez me enamoré

Por fama de una fregona,

Que después en su persona

Todo al contrario lo hallé.

Cabellejos enzarzados,

Moreno picante en rojo,

A lo socarrón el ojo,

Cabos negros y rasgados.

Los dientes de porcelana,

Cosa que hasta aqueste día

No la topó la poesía;
 Labios ribetes de grana;
 Garganta, manos y pechos,
 De plato de Talavera;
 Cinta estrecha, ancha cadera,
 Pequeños pies y bien hechos.
 Fuila a ver para creello
 A un arroyo, que baldío,
 Pretende en corte ser río,
 Y nunca sale con ello;
 Y hallela con cabellera
 De furia, y llena de usagre
 La cara como de almagre,
 La boca como ternera;
 Luego cada injusto pie
 Era una lengua de vaca,
 La voz como una carraca;
 Con que atronado quedé.
 LEONORA. ¿Qué hiciste?
 LOPE. La cruz, diciendo:
 Tentación de San Antón,
 ¿Qué me quieres?
 LEONORA. La opinión
 De don Diego es grande.
 LOPE. Entiendo
 Que la fama no le iguala.
 LEONORA. ¿Cómo será?
 LOPE. Mira atenta
 A don Juan, y luego haz cuenta
 Que ves su donaire y gala.
 LEONORA. Buen talle tiene don Juan.
 LOPE. ¿No más de bueno? Pues luego
 Que conozcas a don Diego
 Dirás que no es mal galán.
 Él está en una posada
 Desde anoche, y esta quiere
 Verte.
 LEONORA. Quien por verle muere
 Ya tiene el alma turbada.
 LOPE. Dijo a don Juan, que venía
 A traerte su retrato.
 LEONORA. Di que venga con recato,
 Que hay una celosa espía.
 LOPE. Bien hizo en traerte el vivo.
 LEONORA. Bien, pues lisonja no habrá
 De pincel y pluma.
 LOPE. Está

Lleno de gusto excesivo
De que esta noche ha de verte.
LEONORA. ¿Don Juan?
DON DIEGO. ¿Señora?
LEONORA. Ya estoy
Bien informada.
DON DIEGO. Y yo voy,
Como debo, a obedecerte.
LEONORA. ¡Que venga hasta Zaragoza
Solo a verme!
DON DIEGO. Ya sospecho
Que es hora.
LEONORA. Como lo ha hecho,
Justamente el nombre goza
Del más galán castellano.
DON DIEGO. A la puerta del vergel,
Vendré, Señora, con él.
LEONORA. Fuera pensamiento vano
Querer pagarte, don Juan,
Tan grandes obligaciones
Solamente con razones.
DON DIEGO. Pagadas, Señora, están.
Vete, y a la puerta espera,
Pues que tanto os favorece
La oscura noche.
LEONORA. Parece
Que de la celeste esfera
Las estrellas ha borrado;
A ver a don Diego voy. (Vase.)
DON DIEGO. ¡En qué laberinto estoy
De confusión y cuidado!
Querido soy, sin quererme,
Buscado soy, sin buscarme,
A hablarme van sin hablarme,
Porque me han de ver sin verme.
Ayúdeme la fortuna.
LOPE. El que nació sin memoria,
¿Para qué nació?
DON DIEGO. Si historia,
Si ejemplo, si fama alguna
Te ha dicho que puede haber
Memoria y entendimiento,
Será un milagro, un portento,
Que singular quiso hacer
Naturaleza estudiosa.
LOPE. Engañaste.
DON DIEGO. No querría.

LOPE. Pues a la sabiduría
Llamaron hija famosa
De la memoria y del uso;
El que estudia sin memoria,
¿Para qué estudia?

DON DIEGO. Es victoria

De amor el traer confuso
Y ciego el entendimiento.
La memoria natural
Me faltó, la artificial
Se llevó mi pensamiento.

LOPE. ¿Escribes a don Fernando
Que esta noche llegarás
A Zaragoza, y estás
Desatinos concertando?
Tiberio mandó matar
La Emperatriz, su mujer;
Matáronla, y a comer
La mandó luego llamar.
Si tú te olvidas así,
Alaba los que no tienen
Memoria.

DON DIEGO. Si ejemplos vienen
En mi favor, oye.

LOPE. Di.

DON DIEGO. ¿Tiene la naturaleza
Entendimiento?

LOPE. Divino.

DON DIEGO. ¿Pues por qué piensas que vino
A ser de tanta grandeza
Aquel milagro de hacer
Tantos rostros diferentes?

LOPE. Por mostrar las excelentes
Obras de su gran poder.

DON DIEGO. Porque no tiene memoria
Que si memoria tuviera,
Hoy el mismo rostro hiciera
Que hizo ayer.

LOPE. Niegas la gloria
Que de aquella variedad
Con esta loca agudeza
Le resulta.

DON DIEGO. Así es verdad,
Confieso a naturaleza
Por instrumento divino
Del gran poder de su autor.

LOPE. ¿Cómo no finges, Señor,

Que has llegado de camino?
DON DIEGO. Si fingiré; mas primero
Será por ver a Leonor
Que me espera y tiene amor
Y por engañarla muero;
Que te aseguro que ya
Sin seso por ella estoy.

LOPE. Ya ni consejos te doy,
Ni tu entendimiento está
Para consejo ninguno;
Mas si ella te conociese,
¿Qué has de hacer?

DON DIEGO. Cuando eso fuese,
¿Faltará remedio alguno?
O el último que ha de ser
Declararme por quien soy;
A verla, en efecto, voy,
Que tiempo habrá para ver
A Lucinda.

LOPE. ¿De ese modo
Con dos te querrás casar?

DON DIEGO. No hay servir como callar,
Que el callar acierta en todo.

(Vanse.)

Sale DON BERNARDO, en hábito de noche.

DON BERNARDO. Noche, a quien sólo ha pagado
Tributo amor en el suelo,
Porque está tu negro velo
A su remedio obligado;
Manto de estrellas bordado
Encubridor de secretos;
Noche en quien tales efectos
Para alabarte se hallan
Que en ti, porque todos callan
Todos parecen discretos;
Que en ti, todos los mortales
Hallan descanso y favor,
Sólo con celos amor
No goza remedios tales,
De tus luces celestiales
Huye la pena celosa;
Tu oscuridad temerosa
Amor con celos desea,
Porque cuando estás más fea
Le pareces más hermosa.
Por la puerta de esta huerta
Vengo a hablar una criada,

Que a su señora olvidada
A mi remedio despierta.
¡Oh, tú, que de aquesta puerta
Eres llave celestial,
Ven a remediar mi mal!
Gente siento. ¿Gente aquí?
Mas ya amor me advierte así
Que estoy de celos mortal.
Sale DON DIEGO, con plumas y capa de color, y LOPE disfrazado.
LOPE. Llega con tiento, y disfrazo
La voz, Señor, cuanto puedas.
DON DIEGO. Ulises me rinda parias,
Si salgo con esta empresa.
LOPE. Téngola por más hazaña
Que del astuto se cuenta,
Que por los muros de Troya
Metió las armas de Grecia.
Tú propio te has de fingir
A ti mismo.
DON DIEGO. No pudiera
Sin confianza de amor:
Así engaña, y así ciega.
Espérame, Lope, aquí,
Que ya han abierto la puerta.
LOPE. Vayan, contigo, Señor,
Cuantos planetas y estrellas
Son de amor primeras causas
Y de su efecto influencias.
Sale LEONORA a la puerta.
LEONORA. ¿Es don Diego?
DON DIEGO. El mismo soy.
LEONORA. Vos seáis enhorabuena
Venido a esta vuestra casa.
DON DIEGO. Quien a tanta gloria llega,
No os espantéis, que turbado,
No sepa daros respuesta.
LEONORA. ¿Venís con salud?
DON DIEGO. Aquí,
Cuando sin ella viniera,
Hallara salud y vida;
Dadme de la vuestra nuevas.
LEONORA. No sé qué diga de mí,
Si ya he dicho que soy vuestra
Fiada en vuestro valor;
Que no es justo que os parezca
Liviandad amor tan grande.
DON DIEGO. Lo que los hados conciertan,

Como a fuerza superior

No resiste humana fuerza.

LEONORA. ¡Ay, quién os pudiera ver!

DON DIEGO. Dentro de dos días llega

Mi gente, y públicamente

Saldré a que todos me vean,

Y os vendré a besar las manos.

Agora, en primeras pruebas

De mi amor, aquesta joya

Tomad, y ojalá que fuera

Un reino cada diamante.

LEONORA. Será un mundo, siendo vuestra;

Y perdonad, que la pago

Con esta sortija.

DON DIEGO. En ella

Dais principio a mi deseo

Y a mi ventura firmeza,

Pues la fe del matrimonio

Se significa con ella.

LEONORA. En esa fe quiere amor

Que a veros y hablaros venga.

¿Adónde queda don Juan?

DON DIEGO. Allí aguardándome queda.

LEONORA. Llamadle.

DON DIEGO. Voy.

LEONORA. ¡Qué ventura!

¡Qué lindo talle y presencia!

¡Oh, obscura noche, si acaso

Fueras más clara, y tuvieras

Luna!

DON DIEGO. ¿Lope?

LOPE. ¿Señor?

DON DIEGO. Creo

Que no hay fábula que tenga

Tal engaño.

LOPE. ¿Al fin la hablaste?

DON DIEGO. ¿No te dije que amor ciega?

Por don Diego me ha tenido.

LOPE. Aun es la verdad más cierta.

DON DIEGO. La joya que me dio Alonso

Le di.

LOPE. Bien creará con ella

Que eres tú, porque valía

Veinte mil escudos. ¿Y ella,

Qué te dio?

DON DIEGO. Aquesta sortija.

LOPE. Dichosamente comienza.

DON DIEGO. Hay un peligro.
LOPE. ¿De qué?
DON DIEGO. Quiere hablar a don Juan.
LOPE. Llega,
Y dila que eres don Juan.
DON DIEGO. No sé, por Dios, si me atreva.
LOPE. Disfraza un poco la voz
Y conmigo, Señor , trueca
Esas plumas y esa capa.
DON DIEGO. Bien has dicho: toma.
LOPE. Muestra.
(Truecan capas y sombreros.)
DON DIEGO. Voy.
LOPE. Favorézcate amor.
DON DIEGO. Temeroso voy.
LOPE. No temas.
DON DIEGO. ¿Cómo no?
LOPE. Yo lo diré:
¿No hace el amor que parezca
Una mujer fea hermosa,
Y la que es necia discreta?
DON DIEGO. Claro está.
LOPE. ¿Pues por qué dudas
Que don Diego y don Juan seas,
A los ojos de mujer
Que está de tu amor tan ciega?
DON DIEGO. Yo llevo.
LEONORA. ¿Es don Juan?
DON DIEGO. Yo soy.
¿Viste a don Diego?
LEONORA. Quisiera
Que el alba le hallara aquí.
DON DIEGO. ¿No tiene buena presencia?
LEONORA. Linda en extremo. ¿Qué dice
De mí?
DON DIEGO. Que cosa más bella,
Con lo poco que te ha visto,
No ha hecho naturaleza;
Mas dice que está corrido.
LEONORA. Don Diego, ¿de qué?
DON DIEGO. No creas
Que a no turbarse de verte,
Tan corto te pareciera.
LEONORA. ¿Y yo no estuve perdida,
Don Juan, atajada y necia?
DON DIEGO. Gente siento.
LEONORA. Adiós. (Vase.)

DON DIEGO. Adiós.

Lope, ¿qué es eso?

LOPE. Que entiendas

Que haces falta a don Fernando.

DON DIEGO. Pues camina donde veas,

Que no igualan las antiguas

A las historias modernas.

Sale DON BERNARDO.

DON BERNARDO. Amor; ¿no fue cobardía

No acometer estos hombres

Pues sólo en saber sus nombres

Todo mi bien consistía?

¿Hay sucesos más extraños?

¡Ah celos! cesasteis hoy.

En busca del Conde voy,

Sepa su daño y mi daño.

Sale EL CONDE.

CONDE. ¿Quién va?

DON BERNARDO. ¿Es el Conde?

CONDE. ¿Pues quién

Tuviera a queste cuidado?

DON BERNARDO. Si antes hubieras llegado,

Se te lograra más bien.

A Leonor habla en secreto

Un caballero.

CONDE. ¿A Leonor?

DON BERNARDO. ¿Piensas tú que es el honor

Todas las veces discreto?

CONDE. ¿Hombre tiene Zaragoza

Que intente oculto servilla?

DON BERNARDO. Zaragoza no, Castilla.

CONDE. ¿Quién?

DON BERNARDO. Don Diego de Mendoza.

CONDE. ¿Don Diego aquí?

DON BERNARDO. Yo le vi,

Y con él un caballero,

Que él llamaba Lope.

CONDE. Hoy quiero

Que mi honor se vengue en mí.

No quedará en Zaragoza

Casa, jardín, plaza o calle

Donde no vaya a matalle.

DON BERNARDO. La fama de este Mendoza

Es como la de Amadís:

Vendrá a Aragón a probar

Aventuras, por ganar

Fama.

CONDE. Honor si esto sufrís,
No digáis que habéis nacido
En la casa generosa
Del conde de Urgel.
DON BERNARDO. No hay cosa
Que pueda haberte ofendido
Como aqueste atrevimiento.
CONDE. Siendo don Juan mi criado
Castellano, he sospechado
Que sabrá su pensamiento.
DON BERNARDO. Bien dices: habla a don Juan.
CONDE. Vamos.
DON BERNARDO. El te dirá de él.
CONDE. ¿Mendoza, al conde de Urgel
Aquí discreto y galán?
El parentesco os permito;
Pero como no os caséis,
A Castilla volveréis,
Pero será por escrito.
Sale DON FERNANDO, DON CARLOS y LUCINDA.
DON FERNANDO. Tarda don Diego, y ya la noche pasa.
DON CARLOS. Ésta escribió, Señor, que llegaría.
LUCINDA. Como es tan tarde no hallará la casa.
DON CARLOS. No le aguardar ha sido culpa mía.
LUCINDA. Si amor es fuego y desde cerca abrasa,
¿Por qué lo que formó la fantasía
Tan lejos hace en mí tales efectos?
Mas siendo dios Amor, tendrá secretos.
¿Que esto pueda la fama! extraña cosa:
¿Mas qué mucho, si engendra más deseo?
Sale FLORA, y poco después DON DIEGO y LOPE, con las espadas desnudas.
FLORA. Aguardando, Señora, cuidadosa,
Dos mil espadas en la calle veo.
DON CARLOS. ¿Espadas?
DON FERNANDO. ¿Dónde vas?
LUCINDA. ¡Qué rigurosa
Fortuna!
FLORA. ¿Cómo?
LUCINDA. Mis sospechas creo
DON CARLOS. Un hombre viene aquí.
LOPE. Bien se ha fingido.
DON FERNANDO. ¿Quién es?
DON DIEGO. Don Diego soy.
DON FERNANDO. Bien seáis venido.
DON DIEGO. No sé si he venido bien;
Pues apenas a la puerta
De vuestra casa llegué

Preguntando si lo era,
Cuando cuatro hombres me dicen,
Todos de buenas presencias:
-¿Es don Diego de Mendoza?-
Yo, presumiendo que fueran
Criados vuestros, respondo:
-Don Diego soy; -pero apenas
Esta palabra pronuncio,
Cuando los cuatro me cercan
Con las desnudas espadas,
Y una voz diciendo: -¡Muera!-
Yo, que venía de paz
Y no innaginando guerra,
Puse con armas doradas
El valor a la defensa.
Ayudome este criado;
Sospecho que heridos quedan,
Que tal vez contra la injuria
Prevalece la inocencia.
Solamente oí decir:
-Retírese vuestra Alteza,-
En quien conocí quien es
A quien de mí bien le pesa.
Y si es así, mal hicistes
En mandarme que viniera
A tratar mi muerte aquí;
Aunque pienso que es pequeña
Una herida, que en un brazo
Me dio el que de todos era
Más alto. Esto ha sido así,
Para que el caso se entienda,
Y me perdonéis, señores,
Si por las causas propuestas
No llego como era justo.
DON FERNANDO. Bien conoceréis la pena,
Señor don Diego, que todos
Recibimos de la vuestra,
Pues aun no ha dado lugar
Que nuestros brazos nos dieran
Los indicios de las almas
Con que os reciben en ellas.
Carlos de Aragón, mi hijo,
No entendió, que haber pudiera
Tal atrevimiento en hombre
De oscura o clara nobleza.
No salió, para que fuese
Vuestra venida secreta,

A recibiros.

DON CARLOS. Dios sabe,

Don Diego, lo que me pesa;
Y a no habernos dicho vos
Que entre los de esta pendencia
Oísteis que dijo el uno:
-Retírese vuestra Alteza,-
No quedara sin castigo;
Mas ya sabéis cuanto deba
En la dignidad real
Respetarse la grandeza.
Yo no os niego que he tenido
Ocasiones de sospecha;
Pero no para entender
Que a vuestra vida se atrevan.
Conoced a vuestra esposa,
Que con tal nombre os espera
Si lo estorba el mando.

DON DIEGO.

Agora

Que a veros mis ojos llegan,
Si fueran dos mil heridas
Dichoso nombre les diera.
Dadme, Señora, perdón
Que por tan rara belleza,
Justo fue que hubiese envidia,
Que no hay bien sin competencia.
LUCINDA. Cuando ya no fuera gusto
De mis padres, que tuviera
Dueño en vos, este peligro
Que toma el alma a su cuenta
Justamente me obligara
A tanto amor y firmeza
Que las altezas del mundo
Menos poderosas fueran
Que con las rocas del mar
Los vientos que en vano suenan.
No es tiempo de deteneros
Aunque decís que es pequeña
La herida; Carlos, haced...
DON DIEGO. Señora, ninguno venga;
Que más importa el secreto
Que mi vida, y pues tan cerca
Me dice aqueste criado
Que es práctico en esta tierra,
Que está la casa del Conde
De Urgel, curareme en ella,
Porque don Juan de Guzmán,

Que está allí por encomienda
Del Almirante, entre tanto
Que en Castilla se conciertan
Ciertas desgracias que tuvo,
Tan grande amistad profesada
Conmigo, que nuestros pechos
Un alma sola gobierna.

Y así, os suplico que todos
Me deis perdón y licencia,
Que me va faltando sangre.

DON FERNANDO. Esa licencia se os niega.

Esta casa es vuestra ya.

DON CARLOS. Don Diego, aunque no lo fuera,
¿Cuál hombre os dejara ir?

LUCINDA. Señor, no hagáis tal afrenta
A mi padre y a mi hermano.

DON DIEGO. Mis señores, esto es fuerza,
Y yo sé que os está bien.

DON FERNANDO. Pues siendo fuerza que sea:
Hola, traed en que vaya.

DON DIEGO. Eso no, mirad que os queda
Tiempo en que hacerme merced;

Y que es bien que no se entienda
Que estoy herido, y que estoy
En Zaragoza.

DON CARLOS. Conceda
Vuestra crueldad a lo menos
Que os acompañe que es mengua
De un caballero, que vais
Solo.

DON DIEGO. En llegando a la puerta
Os habéis de volver.

DON CARLOS. Digo
Que me volveré.

LOPE. (Ap.) No creas
Que has de salir bien de tantos
Desatinos y quimeras.

DON DIEGO. (Ap.) Si el Príncipe me lo manda,
¿No quieres que le obedezca?

LOPE. (Ap.) Parecen estos sucesos
De Penélope la tela,
Que cuanto trazas de día
De noche lo desconciertas.

(Vanse.)

LUCINDA. ¡Qué gallardo caballero!

DON FERNANDO. Basta, que el Príncipe intenta
Que no te cases.

LUCINDA. No haré,
Si das a su padre cuenta.
DON FERNANDO. Sólo don Diego tan bien
De esta pendencia saliera. (Vase.)
LUCINDA. ¿Flora?
FLORA. ¿Señora?
LUCINDA. Mi amor
Al de Angélica la bella
Se parece.
FLORA. ¿Cómo así?
LUCINDA. Su herida el alma me lleva.
(Vanse.)
Salen EL CONDE y DOÑA LEONORA.
LEONORA. Injustamente me ofendes;
Reporta, Conde, el furor,
Si estimar tu honor pretendes.
CONDE. No cumples bien con mi honor
Si con tu amor te defiendes.
Tú, con intento liviano,
Tienes, Leonor, aunque en vano,
De secreto en Zaragoza
A don Diego de Mendoza
El soberbio castellano.
Tú, de noche por la huerta
Estás hablando con él,
Y él sus amores concierta.
Puerta del conde de Urgel
Es de este reino la puerta.
Si te ha ganado, Aragón
Es de Castilla.
LEONORA. No son
Dignas palabras de ti:
Advierte, Conde, que en mí
Vive más clara opinión;
Que esté en la ciudad don Diego,
O el soberbio o el galán,
Hoy lo supe, no lo niego;
Porque don Juan de Guzmán
Vino a decírmelo luego.
Y si de noche le vio
Don Bernardo, no fui yo
Con quien don Diego hablaría,
Porque con don Juan sería
A quien por dicha buscó.
Porque según entendí
Fueron en Castilla amigos...
Pero don Juan viene aquí.

Sale DON DIEGO.

DON DIEGO. Cercado estoy de enemigos.

CONDE. Sospechoso estoy de ti.

DON DIEGO. ¿De mí, Señor, a qué efeto?

CONDE. ¿Tú sabes que en Zaragoza

Don Diego está de secreto?

DON DIEGO. ¿Qué don Diego?

CONDE. El de Mendoza,

Galán, valiente y discreto;

¿Y me lo encubres a mí?

DON DIEGO. Señor, nunca yo entendí

Que eso te importara.

CONDE. ¿No,

Si ayer con mi hermana habló?

LEONORA. El Conde lo entiende así,

Porque dice don Bernardo

Que nos vio juntos.

DON DIEGO. Señor,

Si satisfacerte aguardo,

Verás que a tu claro honor

Debido respeto guardo,

Don Diego viene a Aragón

A casarse de secreto

Con Luciuda, y la ocasión

Es el Príncipe.

CONDE. En efeto,

Celos de Bernardo son.

DON DIEGO. Bien claro se echa de ver.

CONDE. ¿Cómo, que intenta Fernando

Casar a Lucinda?

DON DIEGO. Ayer

Lo estaban los dos tratando

Y hoy ha de ser su mujer.

CONDE. No será, porque la adora

El Príncipe, y voy agora

A que lo remedie luego. (Vase.)

LEONORA. ¿Eso dices de don Diego?

DON DIEGO. Esto es engaño, Señora,

Que si esto no le dijera,

Por ventura le buscara

Y mayor mal sucediera.

LEONORA. He reparado en tu cara

Y en tu voz...

DON DIEGO. ¿Pues qué te altera?

LEONORA. No he visto cosa en mi vida

Como los dos parecida.

DON DIEGO. Sómoslo en rostro y acciones,

De suerte que de opiniones
Era la nuestra ofendida;
Porque su padre y el mío
No ganan en esto honor.

LEONORA. No era mucho desvarío
Igualarte a su valor.

DON DIEGO. Él tiene más gracia y brío
Y mejor entendimiento;
Hoy nos verás juntos.

LEONORA. Ya
Pase en él mi pensamiento.

DON DIEGO. Muy bien empleado está.

LEONORA. Sí, don Juan, no me arrepiento.
¿Adónde agora quedó?

DON DIEGO. Al campo salir quería.

LEONORA. ¿Dice que le agrado yo?

DON DIEGO. Todo y en todo.

LEONORA. Sería
Por cumplimiento.

DON DIEGO. Eso no,

Que fuera tener por necio
Un hombre de aquel valor.

LEONORA. Si él me aprecia en lo que precio
Su amor, él me tendrá amor.

DON DIEGO. Don Diego hiciera desprecio

Del sol y de las estrellas,
Del alba, de las más bellas
Flores que la vista admiran;
De los diamantes que tiran
De nuestros ojos centellas,
De la sangre que colora
La púrpura emperadora,
Del oro que el fuego acendra,
Y de las perlas que engendra
En nácar la blanca aurora;
Del cristal y del marfil,
Si de ese talle gentil
No admirara la belleza
De quien la naturaleza
Rompió la estampa sutil.

LEONORA. Parece que te ha prestado
Su ingenio.

DON DIEGO. Y su amor también;

De él lo que digo traslado,

Si no lo traslado bien,

Queda su autor excusado.

Sale LUCRECIO.

LUCRECIO. Lucinda ha venido a verte.
LEONORA. ¿Quién?
LUCRECIO. Lucinda de Aragón.
LEONORA. Pésame, que me divierte
De aquesta conversación.
DON DIEGO. Yo me voy.
LEONORA. Don Juan, advierte
Que hoy quiero ver a don Diego.
DON DIEGO. Tu intento le aviso luego. (Vase.)
Salen LUCINDA y FLORA.
LUCINDA. ¡Señora mía!
LEONORA. ¡Lucinda!
LUCINDA. Fortuna la rueda os rinda,
Amor el arco y el fuego.
LEONORA. Eso a vos será mejor,
Que sois fortuna compuesta
Del arco y flechas de amor.
¿Qué buena venida es esta?
¡Tanta gala! ¡Tal favor!
LUCINDA. Vengo a veros, y también
A que me deis parabién,
Leonor, de que estoy casada.
LEONORA. ¿Casada?
LUCINDA. Y bien empleada.
LEONORA. Vos lo merecéis. ¿Con quién?
LUCINDA. No es persona de Aragón,
Aunque para esta ocasión
Llegó anoche a Zaragoza.
LEONORA. ¿Quién?
LUCINDA. Don Diego de Mendoza.
LEONORA. ¿Cómo? (Ap. ¡Extraña confusión!)
LUCINDA. ¿No habéis oído decir
A don Diego el castellano?
LEONORA. Mil cosas oigo fingir,
Y así de que todo es vano,
Lucinda, os quiero advertir,
Porque pienso que es casado,
Y casado en Aragón.
LUCINDA. Yo sé que os han engañado;
Cosas del Príncipe son
Celoso y desesperado.
LEONORA. ¿Pues habeislo visto vos?
LUCINDA. Anoche hablamos los dos
Y fe y palabra nos dimos.
LEONORA. ¿Anoche?
LUCINDA. Anoche estuvimos
Juntos en mi casa.

LEONORA. (AP.) ¡Ay Dios!

LUCINDA. Parece que os pesa de esto.

LEONORA. ¿No me ha de pesar que os dé
Su fe y palabra tan presto,
Quien dio su palabra y fe
En otra parte?

LUCINDA. ¿Qué es esto?

¿Su fe y su palabra ha dado
En otra parte?

LEONORA. Yo soy
Testigo que os ha engañado.

LUCINDA. Yo sé que casada estoy,
Y está el concierto firmado;

Que mal lo pueden fingir
Mi padre y Carlos, mi hermano.

LEONORA. No me puedo persuadir
Que es don Diego el castellano.

LUCINDA. Todo lo quiero hoy decir
Para que os desengañéis:

En vuestra casa está herido,
Yo sé que no lo sabéis.

LEONORA. ¿Herido?

LUCINDA. Aquí le ha escondido
Un criado que tenéis,

Que es castellano también.

LEONORA. ¿Quién es?

LUCINDA. Don Juan de Guzmán.

LEONORA. Vos dais las señas muy bien;

Mis esperanzas os dan,
Como es justo, el parabién.

(Ap. Aunque dijera mejor
Mis desdichas: ¡oh traidor!

Si a casarte habías venido
Con Lucinda, ¿qué ha servido

Burlar mi amor y mi honor?

Mi amor porque dio en quererte

Sin verte, y mi honor por verte

En tanta opinión de España;

Mas era tan vil hazaña

Poderosa a aborrecerte.

Mas, ¿por qué mis quejas van

A ti, cruel, dirigidas?

Si no al infame don Juan

Que aunque tuviera mil vidas,

No le valiera el Guzmán.)

LUCINDA. Dado me has sospecha justa
Mirando tu sentimiento.

LEONORA. Lucinda, ya es cosa injusta
Encubrir mi pensamiento,
Perdona si te disgusta.
Anoche me dio don Diego,
Ese cruel castellano,
Fe de esposo.

LUCINDA. ¿Cómo?

LEONORA. A ruego

De don Juan, le di la mano,
Asegurándome luego
Con una joya que tiene
Una ele de diamantes,
En que más engaño viene
Por las letra semejantes
Que nuestro nombre contiene,
Que, en fin, Lucinda y Leonor
Comienzan de una manera.

LUCINDA. ¿Don Diego a ti?

LEONORA. Si el honor

De por medio no estuviera,
Poco importara al amor,
Yo le supiera vencer;
Pero ya no puede ser;
En mi justicia confío:
U don Diego será mío,
U Aragón se ha de perder.

LUCINDA. ¿Serán menos principales
Mis parientes, que lo son
Los tuyos?

LEONORA. En casos tales

No será igual la razón
Si son los deudos iguales.

LUCINDA. Siempre fuiste más altiva
Que pide tu calidad.

LEONORA. Si en sangre real estriba,
No tengas por novedad
Que como he nacido viva.

LUCINDA. Yo soy Aragón.

LEONORA. Yo soy
Navarra.

LUCINDA. Ya estás muy necia.

LEONORA. Contigo, Lucinda, estoy,
Que a quien a mí me desprecia,
Esta respuesta le doy.

Salen EL PRÍNCIPE, EL CONDE y DON BERNARDO.

PRÍNCIPE. ¿Qué es esto?

LEONORA. Si no viniera

Vuestra Alteza, y yo supiera
Que amor Lucinda le debe,
A lo que agora se atreve
Yo sé que no se atreviera.
PRÍNCIPE. ¿Pues dónde hay tanta amistad,
De enojos hubo ocasión?
CONDE. Leonora, ¿qué novedad
Es esta?
LEONORA. Desdichas son
Que ofenden tu calidad.
CONDE. ¿Eso cómo puede ser?
PRÍNCIPE. Conde, si es pleito, estas damas
Su juez me pueden hacer.
LEONORA. ¿Cómo has de juzgar si amas
Y más con tanto poder?
Pero ya aborrecer debes
Pues Lucinda está casada.
PRÍNCIPE. A eso vengo, que me han dicho
Que está su esposo en tu casa.
LUCINDA. Señor, mis padres y hermano
Casarme en Castilla tratan
Con don Diego de Mendoza,
Que vos conocéis por fama.
Vino a Aragón de secreto,
Lo demás que en esto pasa
Bien lo sabéis; si a mi puerta
Os lo ha contado su espada.
Aquí está don Diego herido.
PRÍNCIPE. Lucinda, en eso te engañas,
Que yo sólo te he servido
Con la cortesía y gala
Digna de tu calidad,
Y a tus defensas honradas
He dado la estimación
Que piden prendas tan altas.
Si tus padres te han casado
Con don Diego y tú le amas,
Hoy conocerás quién soy
Y él será tuyo.
LEONORA. Las armas
Profesas más que las letras.
¿Ves cómo el amor te engaña,
Y que no puede ninguno
Juzgar en su misma causa?
¿Sin oír las partes juzgas?
PRÍNCIPE. ¿Si Lucinda está casada,
Qué tienes tú que alegar?

LEONORA. Que cuanto Lucinda trata,
Es decir, por engañarte,

Que con don Diego se casa,
Que don Diego es mi marido.

PRÍNCIPE. ¿Qué dices?

CONDE. ¿Qué es esto, hermana?

DON BERNARDO. (Ap.) No me engañaron los celos,
Aunque celos siempre engañan.

LEONORA. Que por orden de don Juan,
Por sus conciertos y cartas,
Me han casado con don Diego.

DON BERNARDO. Yo vi que los dos hablaban
Anoche por el jardín.

LUCINDA. Toda la probanza es falsa,
Que anoche el mismo don Diego
Me dio la mano en mi casa.

LEONORA. No puede ser, porque a mí
Me dio anoche la palabra
Y esta joya en prendas.

PRÍNCIPE. Muestra.

¿Hay confusión más extraña?

Esta es de diamantes
Se labró para una ingrata
Por mi orden.

LEONORA. ¿Luego es vuestra?

PRÍNCIPE. La noche que la llevaba,
A un castellano la di.

LEONORA. ¡Vos! ¿por qué?

PRÍNCIPE. Porque su espada
Dos veces me dio la vida.

CONDE. ¿Luego el dueño de esta hazaña
Fue don Diego de Mendoza?

PRÍNCIPE. Sí, pues él la dio a tu hermana.

Sale DON CARLOS.

DON CARLOS. ¿Está aquí su Alteza?

PRÍNCIPE. Carlos,

¿Qué quieres?

DON CARLOS. Darte esta carta

Del príncipe de Castilla.

PRÍNCIPE. Muestra.

DON CARLOS. Lucinda, ¿aquí estabas?

PRÍNCIPE. (Lee.) «Mientras solicito con el Rey, mi señor, perdone a don Diego de la
muerte de don Nuño, suplico a vuestra Alteza le favorezca y ampare en Aragón, que el
amor que le tengo...»

No hay para qué proseguir;

Si aquí don Diego se halla

Y yo le debo la vida,

Las cartas son excusadas.
Siempre le he visto de noche
A la traza de estas damas,
Y tan a oscuras, que apenas
Daré señas de su cara,
¿Quién es aqueste don Juan
Que sabe de él?

CONDE. En mi casa

Le entretengo, porque así
El Almirante lo manda.

PRÍNCIPE. Id por él que él sabrá de él.

CONDE. Yo voy. (Vase.)

PRÍNCIPE. Pero si se casa

Con Lucinda y con Leonor,

Mal cumplirá su palabra.

LUCINDA. La que me ha dado, yo sé
Que la cumplirá.

LEONORA. Tú engañas

Tu esperanza con tu amor.

LUCINDA. Más que amor, tengo esperanza.

Salen EL CONDE, DON DIEGO y LOPE.

CONDE. Llega, don Juan, que su Alteza
Te quiere ver.

DON DIEGO. Hoy levantas

A tu sol la humildad mía.

LOPE. (Ap.) Hoy temo alguna desgracia.

PRÍNCIPE. ¿Eres don Juan de Guzmán?

DON DIEGO. Sí, Señor.

PRÍNCIPE. (Ap. ¡Presencia honrada!)

¿Dónde está don Diego?

LOPE. (Ap.) Agora

Da por el suelo la traza.

DON DIEGO. En mi aposento le tengo

Mientras estas cosas andan

Tan confusas.

PRÍNCIPE. Hame escrito

En su favor una carta

El príncipe de Castilla,

Mientras con su padre trata

El perdón de cierta muerte,

Que le entretenga me manda;

No sé qué entretenimiento

Conforme a su sangre clara,

Y a deberle yo la vida,

Pueda darle, si no basta

Almirante de Aragón.

DON DIEGO. Señor, por mercedes tantas

Vuestros pies beso en su nombre.

PRÍNCIPE. Don Juan, a don Diego llama

Que quiero casarle yo.

DON DIEGO. Tan cerca, Señor, se halla

Que quiero darle el recado.

Don Diego, por una carta

Del Príncipe de Castilla,

Y porque con vuestra espada

Librastes al de Aragón

Que en tanto peligro estaba,

Sabed que os hace almirante;

Id presto a darle las gracias,

Y dadme albricias a mí,

Albricias de buena gana

Porque sé que de tu bien

La misma parte me alcanza.

PRÍNCIPE. ¿Con quién hablas?

DON DIEGO. Yo, Señor,

Vuestro recado le daba

A don Diego.

PRÍNCIPE. ¿Pues aquí

Lo que has de decirle ensayas?

DON DIEGO. No, Señor, que a mí me digo

Las venturas que me aguardan;

Porque soy don Diego yo,

Y el que por mercedes tantas

Besa vuestros pies mil veces.

PRÍNCIPE. Igualmente tus hazañas

Con tus industrias compiten;

A mis brazos te levanta

Del suelo, que a mi cabeza

Por laurel que le adornara

Hubiera dicho mejor.

DON DIEGO. Tu hechura, Señor, ensalzas.

LOPE. ¿Y yo podré ya dejar

De ser Nuño o calabaza

Y volverme a Lope?

PRÍNCIPE. Lope,

Yo te confirmo en mi gracia.

Lucinda, para que veas

Que tiene Alejandro España,

Y que mi amor no pretende

De tus desdenes venganza,

Don Diego será tu esposo.

DON DIEGO. Señor, perdona y repara

Que no he de tener mujer,

Aunque con tantas ventajas,

Donde tú has puesto los ojos.
De tu amor fue aquella traza
Con que fingí que venía,
Y por no darle palabra,
Fingí la herida también.
Dásela al Conde, y iguala
Tal valor y tal grandeza;
Porque yo he dado a su hermana
Fe y palabra de ser suyo.
PRÍNCIPE. Quien así te desengaña
Y te aconseja, Lucinda,
Tu honor estima y alaba.
LUCINDA. Ya que no soy su mujer,
De don Diego soy cuñada,
Y le doy la mano al Conde.
LEONORA. Yo a don Diego con el alma.
LOPE. Quedo, que le falta a Flora
Cierta cosa.
FLORA. ¿Qué me falta?
LOPE. ¿Conoces al Conde?
FLORA. ¿A quién?
LOPE. Al Conde de Argeo y Humaina.
FLORA. ¿Eres tú?
LOPE. Toca esos huesos.
DON DIEGO. Don Diego de noche acaba;
Si es buena, tendralas buenas;
Si es mala, tendralas malas.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).